

de Historia y Antigüedades

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Director, PEDRO M. IBAÑEZ

Bogotá — República de Colombia

APUNTAMIENTOS DE VIAJES

(Continuación).

Recuerdos de las campañas de 1860 y 1861

El 8 de Mayo de 1860 expidió el General Mosquera, Gobernador del Estado del Cauca, un decreto en que declaraba separada aquella parte del resto de la Confederación (1), consumando con él la obra que de tiempo atrás lo traía ocupado, de derribar el Gobierno de D. Mariano Ospina; su rival en las elecciones para Presidente de la República, y según se decía, su enemigo personal de años anteriores (2). A este atentado se agregaban las conspiraciones de los Estados de Bolívar, el Magdalena y Santander, que tuvieron el mismo objeto y obligaron al Gobierno general á hacer uso de la fuerza para sujetarlos y hacer cumplir en ellos la Constitución y leyes de la Confederación. En todos se alegó por principal pretexto para la revolución la ley que por entonces se dio sobre elecciones, la que á decir verdad parecía redactada por un partido exaltado para afianzar su preponderancia en el país. No me creo juez competente para criticar la ley ; pero según el sentir de hombres imparciales y pensadores, habría sido mucho mejor no haberla sancionado ó haberla modificado al gusto de los que gritaban contra ella, que exponer el país á las calamidades de una guerra desastrosa. A muchos ciudadanos honrados les oí decir que sería fácil con-

(1) Véase el decreto en la *Gaceta Oficial* de 5 de Junio número 2529.

(2) En la *Gaceta Oficial* de 11 de Abril de 1860, número 2503, hay un informe muy interesante sobre esto, y en la del 26 de Junio, número 2532, se encuentra la alocución del Presidente.

En la *Gaceta Oficial* de 23 de Julio, número 2537, se registra el juicio crítico que sobre la revolución del Cauca escribió el Sr. Obaldía.

jurar la tempestad cuando estaba amenazando, y aun creo que por la imprenta se trató de eso; pero el Gobierno opinó lo contrario, y la revolución conmovió hasta los últimos ci-
mientos de la República.

Organizáronse entonces dos Ejércitos, uno llamado *del Norte*, que tuvo la fortuna de concluir la pacificación de la parte de la Nación á que fue destinado, en una corta aunque trabajosa campaña que terminó con la batalla del Oratorio, el 16 de Agosto de 1860; y otro *del Sur*, que fue destinado á pacificar el Cauca, aunque no constaba al principio sino de unos setecientos hombres mal armados, y de las fuerzas que deberían formarse en Antioquia y en los pueblos del Cauca que no quisieran sujetarse al nuevo sistema de cosas establecido por Mosquera. El General París fue elegido para hacer la campaña por ese lado, y se le hizo salir de Bogotá con sus dos batalloncitos, previniéndole terminantemente que no intentara operación ninguna sobre el Cauca, á no ser en el caso (que se esperaba) de la defección de un Jefe (Obando), ó en el del alzamiento simultáneo de los pueblos á favor del Gobierno general, debiendo limitar su acción á mantener inco-
municado al Cauca con el Estado de Cundinamarca (1). El General París emprendió su marcha el 2 de Junio, y aunque desde meses anteriores era yo su Ayudante de campo Secretario, no pude acompañarlo por grave enfermedad de mi esposa. Mi salida se efectuó el 18 de Julio siguiente, al tiempo que el pequeño Ejército se movía de Ibagué con el objeto de abrir operaciones sobre La Plata, ciudad del Estado de Cundinamarca que se había sublevado apoyada por las fuerzas rebeldes del Cauca. Me incorporé al cuartel general en Paicol, y seguí con la expedición, lleno de ilusiones y sin prever la multitud de sufrimientos que me estaban reservados. Mi viaje hasta ese pueblo había sido triste y molesto, porque tuve que emprenderlo á pesar de la licencia indefinida que se me había conferido por el General Herrán, Jefe de los dos Ejércitos, de las instancias que se me hicieron para que me quedara encargado de una Compañía de artillería ó del Parque, y del estado todavía alarmante de mi esposa, impelido por las repetidas instancias del General París y por sus continuas quejas contra los que me habían sucedido en mi destino. Mortificado estuve también con la compañía que forzosamente

(1) Estas instrucciones fueron comunicadas por triplicado al General París por el Jefe de Estado Mayor general de los Ejércitos, que lo era entonces el General José María Ortega, y de su propio puño y letra conservo dos ejemplares en el archivo de la Comandancia en Jefe del Ejército del Sur, que quedó en Paicol y que algún día recibiré.

hube de aceptar de un tal Ricardo Olaechea, hombre obscuro y falto de educación, que acababa de ser reinscrito en la lista militar como Capitán, y cuyos principios políticos habían cambiado como el tiempo, habiendo sido Ayudante de campo del General Herrán en 1840, entusiasta defensor de López en 1850, acalorado melista en 1854, y según decía ahora, conservador neto en 1860. Su fatuidad exagerada la fundaba en haber recibido unas pocas lecciones de matemáticas y en haber dado unas cuantas de música y baile. El había conseguido licencia del General París para venir desde Ibagué á recibir un piano que había encargado al Extranjero; pero luego que supo que yo me iba acompañado de un Sr. Miguel Rodríguez, hombre obsequioso y campechano, resolvió irse, aunque sin convite de nuestra parte, y dejarse obsequiar y regalar con toda la coquetería y melindre de una muchacha agasajada del mundo. Mucho tuve que deplorar este acompañamiento, y mil veces he sentido no haber tenido bastante valor para obligar á este hombre á irse solo como había venido.

Componíanse nuestras fuerzas: del Batallón número 3º, con 320 plazas; el Batallón número 5º, con 280; una Compañía de artillería, con 90; otra de gente del Cauca con 100, y por último un piquete de caballería que había organizado en Neiva el General Buitrago, constante de unos veinte hombres de aquellos formalotes, juiciosos y de carácter inofensivo que distingue á los conservadores en todos los pueblos. Por una fatalidad inexplicable, el primero de estos Cuerpos, que era formado de indios fuertes y vigorosos de los pueblos de Tunja, estaba tan mal armado, que el General París no se atrevió á permitir que hicieran algunos tiros en instrucción por temor de que los fusiles se acabaran de dañar, pues eran de los que los españoles habían traído el año de 1814, que se habían puesto en mano á pesar de su inutilidad. Los otros Cuerpos tenían buenas armas, pero el personal de que se componían era malísimo, sobre todo el del Batallón número 5º. Así es que la expedición sobre La Plata era atrevidísima, mayormente siendo los sublevados casi iguales en número y ocupando posiciones tan ventajosas como las que tenían.

La ciudad de La Plata está edificada en un bonito valle formado por dos ramales de la cordillera central que corren casi paralelos de Sur á Norte, y cortado por dos torrentosos ríos, uno que lleva el mismo nombre que la ciudad y viene en la dirección de la cordillera, y otro que baja de los nevados páramos del Huila y corre de Occidente á Oriente. Estos dos ríos servían de líneas de defensa á los sublevados;

y como la planicie que encierran es mucho más elevada que la de los contornos, y las tarabitas y cabuyas por donde podía pasarse habían sido destruidas, la operación era dificultosísima, y sólo la pericia del General París pudo contrarrestar la enormidad de los obstáculos y peligros que fue preciso vencer.

El ataque se dispuso de la siguiente manera: el Batallón número 5.º pasaría por Nátaga y Coetando hasta el camino público que va á Popayán, y cerraría aquella vía quitando la retirada al enemigo. La Compañía de caucanos, al mando de un tal Barrada, que había sido recomendado por hombres notables de Popayán como un atrevido guerrero, debía llamar la atención de los rebeldes por Potrerillo, amagando pasar por la tarabita de Los Cauchos é impidiendo que éstos fugaran por aquella vía. La artillería (con las dos piezas de montaña) debía amagar desde una colina que domina la ciudad, cañoneando las trincheras con que estaba guarnecida; y mientras tanto el Batallón número 3.º forzaría cualquiera de los pasos del río La Plata, y saldría al llano á proteger el paso de los otros Cuerpos. La operación era tardía y peligrosa, puesto que se necesitaba que algunos nadadores atravesaran aquellos torrentes impetuosos y fijaran en la orilla las cuerdas que podían sostener el *gancho* en que pudieran pasar nuestros soldados uno á uno. Si el enemigo se obstinaba en la defensa de los pocos puntos por donde era posible la colocación de tarabitas, el paso podía llegar á ser impracticable para nosotros. Con el plan adoptado por el experto General París se preveían todas las dificultades, porque si el enemigo se acobardaba al verse casi circundado por nuestras fuerzas, el paso de los ríos podía verificarse sin mucho peligro; y si resistía tenazmente á la colocación de las tarabitas, el Batallón número 5.º intentaría un ataque serio por la retaguardia, y el triunfo de nuestras armas era casi seguro. Poco faltó, sin embargo, para que el éxito nos fuera desfavorable, tan sólo por una equivocación bien común en este país. Los prácticos que debían dirigir la marcha del 5.º de los caucanos se cambiaron, de manera que aquél salió á Potrerillo y éstos á Coetando, en donde fueron *atacados* por un pobre indio que llevaba tres perros, lo cual bastó para que se pusieran en vergonzosa fuga y se dispersaran llenos de temor.

Mientras tanto el General París con sus Ayudantes de Campo y los Sres. Rufino Vega y Rafael Escallón fue á hacer un reconocimiento, y habiéndose adelantado algún tanto por la ribera derecha del río La Plata, dio con una emboscada del enemigo, que hizo fuego sobre el grupo, aunque

afortunadamente sin resultado, y esta circunstancia dio motivo á que se precipitaran nuestros oficiales y trabaran el combate.

Así pasó el día 1.º de Agosto, sin otra cosa notable que la llegada de una carta de Mosquera para el General París, en que le contaba que tenía un Ejército lucido de más de seis mil hombres y le indicaba, aunque indirectamente, que no le ayudara al Gobierno porque éste caería infaliblemente. El General París me llamó aparte y me dijo: "Guerra, guarda tú esa carta sin que la vea nadie más que el Dr. Vega; y con el mayor sigilo escríbele al Dr. Angel María Céspedes, que según dicen es el Jefe de los sublevados, diciéndole que sé que por su conducto vino esa carta de Mosquera, y que le suplico le haga saber á éste que aun cuando tengo muchos deseos de contestarla, he resuelto no hacerlo hasta que éntre á la Plata. Esto servirá, continuó el General, de bastante aviso á los conjurados de que estoy resuelto á entrar á la ciudad cueste lo que costare."

No bien había principiado mi tarea, cuando se me acercaron varios señores, y con tono imperioso me preguntaron qué decía la carta de Mosquera.

—No la he leído, contesté tapando con disimulo la parte de papel escrito que por delante tenía.

—¿Y qué piensa contestar el General?

—Nada me ha dicho sobre eso, repuse yo algún tanto admirado de la curiosidad de aquellos hombres.

—¿Qué está usted escribiendo ahora? continuó otro de los expresados.

—Tampoco sé nada de eso, contesté un poco picado.

—¿Cómo dice usted eso, señor! ¿ignora usted que cuanto tiene relación con las cosas públicas *debe comunicársenos* y que *estamos bien impuestos* de todo lo que hemos preguntado? ¿Cree usted que á nosotros puede ocultársenos algo de lo que aquí pasa?

—Señor, le dije con la mayor calma; si ustedes *saben todo y nada puede ocultárseles*, es en vano que hayan venido á preguntármelo; y en cuanto al *derecho* que tengan para imponerse *de todo*, podrán ejercerlo dirigiendo su interrogatorio al General y no á mí, que soy *Secretario*, es decir, guardador de secreto.

Esta contestación los llenó de rabia y despecho, y no faltó quien oyera los juramentos de venganza que hicieron contra mí.

Dirigieron al General, y con voz meliflua le dijeron:

—Se corre en el campamento que usted ha recibido una carta de Mosquera.

—Es extraño, les contestó aquél, que se corra tal cosa no habiendo visto nadie esa carta.

—Deseamos verla, dijo alguno con especial arrogancia.

El General, con santa paciencia, me pidió la carta y sé la entregó; y cogiéndome luego aparte me dijo:

—Estos señores me van á volver loco: mandólos el Gobierno para que me *ayudaran con su influjo* para adquirir relaciones y noticias en el Cauca; pero en realidad sólo han servido para fiscalizarme, expiando hasta mis más pequeños actos y criticando cuanto hago y digo, desprestigiándome y haciéndome una guerra sorda y tenaz, porque para ellos yo mismo soy sospechoso. Ellos forman una camarilla á imitación de la *Commission de sanité* que la República francesa ponía al lado de sus Generales, y como ella, concluirán por precipitarme y perderme. Esa carta de Mosquera ya la habían leído ellos, porque el que la trajo, que fue el Capitán Bejarano, mi Ayudante de Campo, la abrió en el camino, según me han asegurado los Sres. Melitón Cabrera y Juan Miguel Barrera; y lo mismo ha sucedido con cuantos papeles vienen para mí, pues hasta las cartas de mi hija las leen, las comentan y les sirven de apoyo para hacer las más injuriosas deducciones. Mi honor, como el de la mujer de César, debía estar libre hasta de la calumnia; pero esos hombres no respetan nada, y mi espíritu desfallece ante esta serie de sospechas, exigencias y exageraciones de toda especie con que me atormentan y afligen sin descanso.

Otras muchas quejas exhaló el General respecto de la conducta de aquellos señores, que más tarde me hicieron comprender hasta dónde habían extendido su círculo de acción y su ingerencia en las operaciones. Algún día se conocerá de cuántas desgracias son responsables ellos y el Gobierno que los autorizaba y animaba.

Desde el amanecer del día 2 volvieron nuestros soldados al combate sin haber conseguido desalojar al enemigo de ninguna de sus posiciones, hasta que cerca de las once llegó el Batallón número 5.º á la margen izquierda del río Páez y dio algunos tiros hacia la confluencia de aquél con el de La Plata. Los rebeldes abandonaron ese punto, pero reforzaron los otros y aun amagaron hacer una salida contra la artillería, operación que les habría dado mil ventajas. Entrada la noche se consiguió poner una tarabita en La Lindosa, por la cual pasaron cien hombres en doce horas. El 3 á las once del día dio orden el General de que los que habían pasado sa-

lieran á la planicie y tomaran posiciones detrás de una cerca de piedra, lo cual se ejecutó en buen orden, desalojando al enemigo de un grande espacio de terreno y cogiéndole algunos prisioneros. El resto del día se empleó en pasar el Batallón número 5.º por la tarabita del Caucho, que se había restablecido con la protección que le dio la parte del 3.º que se hallaba en el llano.

Al amanecer del 4 el enemigo huyó, dejándonos el campo con muchos heridos y muertos (1); y aunque se cogieron más de cien prisioneros, no fue el triunfo tan completo ni produjo los buenos resultados que eran de esperarse, porque la mayor parte de los sublevados pudo salvarse por el camino de Popayán, que había quedado libre por la cobardía de los que iban á órdenes del *distinguido guerrero Barrada*. No obstante esto, los indios de Tierradentro, que habían tomado parte en la revolución, solicitaron por conducto del Padre Gámez, Cura de Inzá, una amnistía del General París, la cual les fue concedida á condición de que entregaran las armas (2). Si el decreto expedido con tal fin hubiera tenido su curso natural, muchos males se habrían evitado; pero la mala estrella que nos perseguía en aquella campaña hizo que al Sr. Dr. Manuel José González le pareciera que "en todas circunstancias era mejor castigar que perdonar," y usó de su influencia con el Padre Gámez para que mantuviera en su poder el indulto y no le diera curso (3). Pasados algunos días, averiguaba el General el motivo del silencio de los indios, y entonces se obligó al Cura de Inzá á que les escribiera diciéndoles que ya tenía el decreto de indulto en su poder y esperaba que fueran por él. Los indios contestaron con insolencia "que no querían ser víctimas de la perfidia de los conservadores, como lo habían sido Ibito y Guainás en 1841 y 1855; que ya no querían sujetarse, porque no se les había contestado sino cuando las tropas del Gobierno habían ido hasta Inzá, y que estaban resueltos á morir peleando antes que caer en la red que se les tendía." Esta contestación admiró tanto más al General cuanto que no comprendía el motivo de la variación de los indios; pero cuando supo que éstos tenían razón para juzgar mal de nosotros, ya por no haberseles contestado á tiempo,

(1) Véase el parte oficial en la *Gaceta* de 14 de Agosto de 1860, número 2453.

(2) El General París participó este hecho al Gobierno, según puede verse en la *Gaceta* número 2544.

(3) Por súplicas de este mismo Padre, y á virtud de la promesa que hizo á nombre de los indios de deponer y entregar las armas, fue por lo que se dio el indulto. La carta publicada sin firma en la *Gaceta* número 2544 es suya.

como por exigírseles que fueran á recibir el perdón en medio de nuestras tropas, no pudo menos que exclamar: "Estos señores (refiriéndose á los de la camarilla) están sedientos de sangre y se figuran que con los elementos que aquí tenemos pueden saciar sus odios hasta en los últimos ángulos de la tierra, sin prever que si los indios de Tierradentro se ponen en armas, no podremos dar un paso adelante y la guerra se hará interminable. Mucho mejor habría sido atraer á los habitantes de ese territorio, que tratar de castigar su primer extravío echándonoslos de enemigos. Dificulto mucho que la campaña pueda continuar bajo buenos auspicios, puesto que debemos combatir contra dos mil ó más enemigos que se levantarán de las breñas del otro lado del Ullucos." Después veremos cómo se realizaron estas predicciones del viejo veterano.

Tengo que volver un poco atrás, porque me he propuesto apuntar las dificultades con que tuvo que tropezar el General París en esta campaña y los tormentos de que fue presa su noble y delicado corazón.

La entrada de nuestras tropas á La Plata fue seguida de algunos desórdenes muy naturales en una población abandonada de sus habitantes. Muchas puertas se rompieron á pretexto de tomar cuarteles, á pretexto también de prepararlos; muchos muebles y útiles de familia cayeron en poder de los soldados. Embriagáronse algunos con los licores que encontraron y que les cayeron en sus vacíos estómagos debilitados con el ayuno de tres días, y armaron *trifulcas* de las que salieron heridas algunas personas notables, como el Capellán de la tropa, que recibió dos rasguños del sable de un neivano llamado Antonio Duque, por no sé qué cuestión. Aunque los habitantes eran casi en su totalidad pobres, no faltó quien reclamara unas joyas de muchísimo valor, si se ha de juzgar de ellas por las cajitas que las contenían, que fueron extraídas de unos baúles que había en la iglesia parroquial, por un Jefe, L. G., según se dijo; y aunque á decir verdad la declaración del honrado joven Juan Antonio Borrero hacía alejar mucho las sospechas, después se aseguró que en el equipaje del tal Jefe se habían encontrado las casullas valiosas de la referida iglesia. A un Oficial, M. L., lo encontró el General robando hasta los cerdos de una estancia. Muchos fueron los desórdenes que se cometieron, y me atrevo á creer que algunos de ellos se habrían evitado si los empleados del Estado Mayor hubieran cumplido sus deberes; pero en esa Oficina nada se hacía, sino escribiendo oficios, y cuando éstos pasaban de cierto número, ó no se po-

nían, ó los clamores llegaban hasta el cielo. El General París tenía que verlo y hacerlo todo, y no era posible exigir que lo arreglara en un momento dado.

Al día siguiente reclamaron del General los de la *Commission de sanité* que le pusiera un posta al Coronel Jacinto Córdoba, que obraba hacia el sur de Popayán, ofreciéndole que dentro de doce ó quince días se movería la División sobre el centro del Estado del Cauca, anunciándole que el triunfo de nuestras armas sería completo. Esta promesa, hecha inconsultamente y sólo por salir de las repetidas instancias que se le hicieron, nos trajo como era natural mil comprometimientos y disgustos que después referiré.

A solicitud de uno de nuestros oficiales (Antonio Castrillón) el General tomó para su habitación la casa de la Sra. Micaela Obando, mujer del Dr. Angel M. Céspedes, tan sólo para salvarla del pillaje de la tropa. La circunstancia de ser aquella señora hija del General Obando y mujer de uno de los jefes revolucionarios, fue otra fuente de disgustos para el General París, que parecía destinado por la Providencia á expiar en esta campaña todos los pecados que hubiera podido cometer durante su vida.

La noticia de nuestro triunfo en La Plata entusiasmó á los que habían sido oprimidos por la revolución, y del pueblo de Inzá le dirigieron al General dos manifestaciones, una del Cura (Padre Gámez) y otra del Sr. Camilo González, ofreciendo á nombre de los vecinos cooperación en la obra de tranquilizar el país, y pidiendo auxilio de hombres y armas (1). Mucho agradeció el General esta oferta; pero pensó con justicia que tanto para ellos como para nosotros era mejor que los habitantes de Inzá permanecieran quietos y pacíficos para no llamar la atención de los rebeldes; prestándonos mientras tanto el importante servicio de transmitirnos algunas noticias del Cauca del que nada, absolutamente sabíamos. Los de la camarilla se alborotaron con aquella juiciosa idea y creyeron descubrir una trama infernal de que el más leal de los granadinos hacía parte, para dejar á los caucanos sumergidos en la desgracia de que eran víctimas. La exageración con que juzgaban de todo y la impaciencia con que ansiaban ver el día de las represalias les impedía ver aun en medio de la claridad, y los arrastraba al mayor de los crímenes, á la más inicua de todas las infamias, cual era suponer

(1) Véanse estos documentos en la *Gaceta Oficial* de 18 de Agosto, número 2544.

al General París tan innoble como lo eran ellos, y tan falto de juicio que al fin de una carrera de cincuenta años de gloria quisiera manchar su nombre sin objeto y sin causa. Hablaron, predicaron é instaron con tanta tenacidad que al fin consiguieron que se mandara á Inzá una parte de nuestras fuerzas, á pesar de la seguridad con que el General les anunciaba nuestra pérdida.

Algunos días antes de dar este paso falso, y cuando se descubría en los corrillos la conveniencia de este movimiento, se presentaron en la casa del General los Sres. Manuel José González, Sergio Arboleda, Miguel Arroyo, Carlos y Próspero Salcedo, Saturnino Ordóñez y Gabriel Arboleda, con el objeto—según tuvieron á bien informarme—de comprobarle al General que la medida indicada era buena. El General acababa de dormirse después de haber sufrido algunas horas de un doloroso ataque al estómago, y con ese motivo tuve que hacer los honores de la casa. Más me hubiera valido haber pasado por descortés y dejádoslos solos, pues me acabé de perder en concepto de ellos, y sus venganzas me han hecho sufrir mucho.

La toma ó posesión de Inzá era, según decían, un paso de grande importancia, primero, porque al ver los pueblos que el Ejército apoyaba su pronunciamiento se animarían á seguir su ejemplo; segundo, porque mientras más nos acercáramos á Mosquera, mayores y más frecuentes serían las noticias que tendríamos de éste, y tercero, porque al ver el enemigo que nos acercáramos, se aumentaría el terror y desaliento en que debía haber caído por nuestra entrada á La Plata.

Yo les contesté: primero, que el Ejército podría dar protección á los pueblos cuando fuera tan numeroso que aun dividiéndose quedara fuerte; pero que siendo tan reducido como el nuestro, no podía diseminarse sin grave peligro de perderse; segundo, que para adquirir noticias del Cauca lo mismo estábamos en La Plata que más allá, pues lo único que adelantarían los que estuvieran en Inzá era el obtenerlas unas pocas horas antes, sin que esto pudiera servirnos en ningún evento, puesto que habían de esperar siempre á que el grueso de la gente se moviera desde La Plata; tercero, que no era de presumirse que el enemigo estuviera aterrado por nuestro triunfo, cuando había salvado casi toda su fuerza, con su parque, sus Jefes, etc. Que además de esto, con la ocupación de Inzá íbamos á provocar á los de Tierradentro á que nos cogieran la gente que mandáramos, y aun á las mismas tropas del Cauca les proporcionaríamos la oportunidad de darnos una sorpresa sin que nos fuera posible auxiliar nuestra vanguardia, por la gran

distancia que nos separaría. Que no estando ocupado por el enemigo el pueblo de Inzá, no necesitaba auxilio de fuerza armada, siendo por el contrario una calamidad para él que la tropa fuera á su territorio; y que así, ni aun por *hacerle favor* sería excusable que fuéramos á dividir las pocas fuerzas con que contábamos. Les supliqué que observaran los fusiles del Batallón número 3º y vieran que en los tres días de combate se habían dañado todos; que visitaran el parque y contaran las municiones que teníamos, las cuales no alcanzaban para alimentar un tiroteo de tres horas; que recordaran que teníamos ciento veinte hombres menos, por haberse dispersado la Compañía de caucanos y regresado el piquete de caballería á Neiva, y en fin, les hice otras reflexiones tan justas que no tuvieron qué contestar, y el Sr. Sergio Arboleda repuso: “¿Sabe usted lo que nos tiene disgustados? es el pensar que el *General está remiso en mandar esa partida*, no porque el movimiento sea tan malo, sino por tener instrucciones reservadas para no moverse.” Querría decir—repuse yo—que hay dos argumentos en contra de la opinión de ustedes, á saber: que el movimiento es pésimo y que contraría las instrucciones que tenga el General. De estas palabras tan sencillas y naturales se sacó después material suficiente para calumniarme de un modo atroz por la imprenta, diciendo que yo había confesado que el General Herrán me había dado instrucciones reservadas para que el General París no hiciera movimiento alguno contra Mosquera.

El General Herrán, no como yerno de Mosquera sino como General en Jefe de los dos Ejércitos, le dio instrucciones al General París, por conducto del Estado Mayor general, y eran *reservadas* estas instrucciones porque así lo son todas las que se dan á los Jefes de operaciones. Nada habría tenido de raro que por conducto mío ó de cualquiera otro Ayudante de campo le hubiera comunicado algunas órdenes; pero tan lejos estuvo de querer hacerlo conmigo, que cuando dicho General se fue para la campaña del Norte yo quedé aquí haciendo uso de la licencia indefinida que él mismo me había concedido, y que en vez de querer que yo me fuera al Sur, le suplicó al Dr. Juan Antonio Pardo que me colocara aquí en la artillería y en el parque. En la *Gaceta Oficial* de 3 de Julio, número 2533, está la proclama que dio el General Herrán el día que emprendió su marcha al Norte, y en la Comandancia general de la plaza, en el libro de pasaportes, está el que me dieron para marchar al Sur el 17 de Julio, es decir, catorce días después de haberse ido el General Herrán; y no es creíble que se me permitiera una detención indefinida cuando

se me daban instrucciones que debían cumplirse en el acto.

Pero hay más todavía. Suponiendo que el General Herrán me diera esas instrucciones, el hecho es que yo jamás usé de mi supuesta influencia con el General París, y la prueba es que á pesar de mis convicciones y de los motivos que tenía en contra del movimiento sobre Inzá, la ocupación se llevó á efecto, y las consecuencias cayeron de lleno sobre la República, sin que yo me hubiera atrevido nunca á expresar mi concepto en lo relativo á operaciones militares cuando hablaba con el General París, porque la veneración y respeto que ese noble y viejo soldado me inspiraba me hacían enmudecer. Jamás le dije mi modo de pensar en lo que tenía relación con estrategia y táctica, y á muchas personas les dijo el General que esta reserva mía era el único cargo que tenía contra mí. En *El Porvenir* número 100 publiqué una carta que me escribió sobre estos acontecimientos con motivo de las calumnias de los *miembros honrados del Cauca*, como ellos mismos tenían la modestia de llamarse.

El 9 de Agosto á las cuatro de la tarde salió de La Plata la partida que debía ocupar á Inzá, á órdenes del Teniente Coronel Severo Rueda, compuesta de 50 hombres que servían de base para la reunión de los 300 que ofrecían sacar de aquel miserable pueblo. No se habían pasado cuatro días cuando comenzaron á realizarse mis pronósticos, pues los indios de Tierradentro, ofendidos como estaban por el modo como se les había contestado á la solicitud que hicieron sobre indulto por sus comprometimientos políticos, atacaron á los de la guarnición de Inzá, que se defendieron valerosamente, pero pidieron auxilio porque no se creyeron capaces de resistir á los centenares de indios que estaban en armas. Mandáronse cien hombres más con órdenes de estarse á la defensiva y avisar lo que sucediera. A los pocos días un vecino del Pedregal avisó que los indios habían cortado la comunicación entre Inzá y La Plata, habiéndose apoderado del puente de Rionegro. Mandóse otra partida de cien hombres á desalojar á los indios de aquel punto y á guardarle contra sus intentos. Repitiéronse los ataques y la interposición de los enemigos en nuestra línea, y al fin del mes toda nuestra fuerza se encontró diseminada en una extensión de más de diez leguas, vigilando día y noche los movimientos de los que pocos días antes habían querido ser nuestros amigos, y ahora eran nuestros más encarnizados enemigos, gracias á la política de la *Commision de sanité*.

Teníamos tropa en La Ceja, en Malvasá, en Yaquivá, en Inzá, en Viborá, en Rionegro, en La Manga, en el Pedre-

gal, en Patino, en Las Laderas, en Los Cauchos y en La Plata. Una línea tan extensa guardada por unos 700 hombres no podía sostenerse, y no era fácil ni prudente reducirla.

Los de La Ceja debían impedir que las tropas del Cauca situadas en Gabriel López vinieran por el camino de Turminá y se interpusieran en Topa ó atacaran El Pedregal por retaguardia.

Los de Malvasá y Yaquivá guardaban la espalda de los de La Ceja, impidiendo que los indios los atacaran por ese punto.

Los de Inzá ligaban á los anteriores con el resto del Ejército. Los de Viborá, Rionegro, etc. guardaban los pasos de los ríos para no ser cortados por los indios.

Los de La Plata mantenían expedita la comunicación con Bogotá, que habría sido interceptada por Potrerillo con sólo pasar unos pocos hombres á La Lindosa.

La guerra que nos hacían los indios era tenaz y fatigadora. Baste saber que esta es la famosa tribu de los paeces, tan temida de los españoles, que derrotó á las tropas mandadas por Pedro Anasco y por Juan de Ampudia en 1540; que resistió á la conquista intentada por los misioneros jesuitas en 1620, y que no comenzó á rendirse hasta el año de 1634, para calcular lo que serán ahora que tienen y manejan con primor las armas de fuego, que están disciplinados y son dirigidos por jefes expertos. El terreno en que maniobraban era por otra parte sumamente favorable á sus empresas, pues la multitud de cerros y colinas de que se compone son como los bastidores de un inmenso teatro en donde aparecían y se ocultaban con increíble celeridad. Nuestros soldados desfallecían de fatiga recorriendo en dos ó más horas las escarpadas pendientes que los indios atravesaban en pocos minutos; y ni aun los más atrevidos se aventuraban á entrar en muchos de los desfiladeros que para aquellas hordas eran caminos transitables.

En tan angustiosa situación, el General se resolvió á acceder á las repetidas instancias de la camarilla para que siguiéramos al Cauca, y dispuso la marcha para el 1.º de Septiembre, á pesar de que conocía que la División era perdida. "Moriremos á manos de los blancos—decía el General,—pero evitaremos la humillación de ser derrotados por estos semisalvajes." Por fortuna (ó no sé si sería por desgracia) el 29 de Agosto llegó un posta despachado por el Poder Ejecutivo desde San Gil, con comunicaciones en que nos ofrecía para dentro de pocos días un refuerzo de dos mil hombres, y

volvía á encargár que no se comprometiera paso serio ó decisivo de ninguna especie (1). Difirióse por supuesto la marcha, con gran sentimiento de los que creían que era fácil el triunfo sobre Mosquera.

Si hubiéramos tenido noticias seguras del interior del Cauca, el movimiento se habría ejecutado y quizá con muy buen éxito, porque á la sazón Mosquera se había dirigido con casi todo su ejército contra las fuerzas de Antioquia situadas en Manizales, dejando en Popayán á Obando con unos ochocientos ó mil hombres, á quienes tal vez habríamos batido, porque su Jefe estaba enfermizo y desalentado. Pero el terror que la revolución había sembrado en el Estado impedía que nos llegaran avisos oportunos, y los pocos que nos venían llegaban desfigurados y tergiversados á La Plata, porque al pasar por Inzá recibían *pulimentos sustanciales* de los señores de la camarilla, que para aquella fecha habían trasladado su habitación á dicho pueblo en virtud del pronunciamiento que hicieron contra el Gobierno de Mosquera, nombrando Gobernador provisorio al Dr. Manuel José González, Secretario de Gobierno al Dr. Sergio Arboleda, Oficial mayor al Dr. Carlos Salcedo, Jefe de Sección al Dr. Lisandro Caicedo, etc. La primera noticia que tuvimos del movimiento de Mosquera fue la que con fecha 24 de Agosto nos envió el General Posada desde Manizales, en que nos decía que sus avanzadas habían descubierto unos toldos enemigos en que podrían haber hasta 300 hombres; pero que él mismo no podía creer que Mosquera se resolviera á atacarlo, porque las posiciones que ocupaba eran formidables. El aviso lo recibimos el 8 de Septiembre, y antes de eso nada habíamos sabido, á no ser las versiones más ó menos originales, más ó menos ridículas que se hacían sobre unos papelitos que de vez en cuando nos ponía la madre de un Sr. Eliseo Hurtado desde Totoró, en los cuales nos decía siempre que Mosquera estaba acosado por Córdoba, cuando éste nos escribía que no tenía más que cien hombres con lanzas y ochenta con fusiles, pero que no había un solo cartucho. Otra de las causas que influyeron más poderosamente á impedir que nos vinieran noticias del Cauca, fue la imprudencia de publicar en *El Porvenir*, periódico semioficial, las primeras cartas que recibimos, con expresión del nombre de las personas que las habían escrito, lo cual equivalía á denunciarlas como espías en quienes Mosquera comenzó á castigar severamente su afecto

(1) La nota original está en el archivo de la Comandancia—Paicol.

al Gobierno. Desde entonces nadie se atrevió á escribir, á no ser las personas menos competentes para juzgar de los hechos.

Mucho se ha criticado después la conducta del General, pues todos han creído que la expedición al Cauca habría tenido buen éxito ; pero considérese la situación de aquel experto militar, pónganse en su lugar y tendrán que convenir en que no era posible intentar el paso. En primer lugar, no sabiéndose en dónde estaba Mosquera, poco importaba que la guarnición de Popayán no pasara de 800 hombres, porque al moverse podíamos ser atacados por el Jefe de los rebeldes, ú Obando podía ser reforzado, y en ambos casos habríamos sido destruidos en una operación que se habría calificado en ese caso como aventurada y falta de juicio. En segundo lugar, el movimiento en sí mismo era malo, pues al principiarlo no más habríamos sido atacados por los indios por nuestra retaguardia y por el flanco, y la División no era de aquellas que pueden resistir á una carga como esa. Para conclusión, ni nuestras armas, ni el reducido parque, ni muchos oficiales daban garantías, pues ya he dicho el estado en que se hallaban aquéllas, los pocos tiros de fusil que teníamos, y la demoralización é indisciplina que se habían difundido en la tropa. Y aun dado el caso de que con nuestros reducidos elementos hubiéramos podido triunfar de Obando y entrar á Popayán, ¿quién nos aseguraba que Mosquera no volvería contra nosotros, obligándonos á retirarnos para Pasto? ¿Cómo habríamos podido resistir á su ejército, después de agotar nuestros esfuerzos en la lucha con Obando? ¿No habría sido una locura lanzarnos en una empresa desesperada después de habernos ofrecido el Gobierno un refuerzo respetable y pronto? ¿Cómo hubiera podido el General París contestar al cargo que se le hiciera si el éxito de la empresa hubiera sido adverso?

La voz pública decía que Obando abandonaría á Mosquera y se pasaría al Gobierno, y el estado moral en que aquél se hallaba parecía probar que esta sospecha era fundada; pero tanto en este punto como en todos los demás de esta azarosa campaña, la conducta del Gobierno acabó de perdernos.

El General París, fiel á la promesa que le había hecho al Dr. Céspedes desde La Lindosa, le escribió al General Mosquera y de paso lo hizo también al General Obando, participándole que por salvar los bienes de su hija había elegido su casa por habitación; que pensaba expedir un salvoconducto á su yerno el Dr. Céspedes, y que deseaba saber de su salud para avisarle á su señora que estaba en Guaduas muy

afligida por sus comprometimientos en la revolución y sumamente escasa de recursos, porque aun cuando el Gobierno no lo había borrado de la lista militar, había suspendido el pago de su pensión mientras se reducían algún tanto los gastos de la guerra.

La carta era en extremo cariñosa, y sólo por incidencia tocaba la cuestión política, como para hacerle presente al amigo descarriado que aún era tiempo de volver sobre sus pasos y reconciliarse con el Gobierno, que ni aun lo había borrado de entre los militares, y con el partido conservador que no lo odiaba ni tenía animosidad contra él, como en otros tiempos.

El portador de estas dos cartas fue el Sr. Juan B. Trujillo, hombre muy conocido y relacionado en el Cauca, y según nos refirió, Obando parecía apesadumbrado de haber coadyuvado las miras de Mosquera, pero se disculpaba con sus apuros pecuniarios, algún tanto remediados con unos miles de pesos, que éste le había dado á cuenta de setenta mil que le había ofrecido. Según opinaba Trujillo, una oferta halagüeña de parte del Gobierno habría acabado de decidir á Obando á abandonar la causa de su eterno enemigo y perseguidor.

El General le preguntó al Gobierno qué podía ofrecer á Obando para ganárselo, y éste nunca contestó, aunque se repitieron las notas oficiales y las cartas particulares á los miembros del Ministerio, y sólo el Dr. Pardo escribió una vez "que en su concepto nada podía ofrecerse á un criminal más que el perdón, de acuerdo con el artículo 4.º del Decreto de 4 de Junio de 1860, publicado en la *Gaceta* número 2529." Contestación que aunque revelaba mucha entereza, era poco política y poco patriótica, pues en mi concepto el Gobierno estaba en el deber de disminuir los males de la guerra separando los medios de que ésta pudiera disponer, más bien que aumentando el número de delincuentes á quienes castigar. En esa época se pretendía por algunos políticos exagerados llevar todas las cosas á sus extremos haciendo alarde de sujetarse á las consecuencias que pudieran resultar, lo cual les mereció el nombre de *conservadores de tuerca y tornillo*. La conducta observada con Obando fue una de sus más elogiadas concepciones, y no ellos sino el país tuvo que sufrir las consecuencias de la parte activa que aquel hombre tomó en la rebelión del Estado en que había conservado su prestigio casi fanático.

Obando y Mosquera se habían odiado en otros tiempos.

se habían hecho una guerra tan constante que en la Nueva Granada estos dos hombres servían de término de comparación cuando se hablaba de enemigos encarnizados. Nadie podía dejar de creer que su actual unión se rompería á la menor coyuntura que se les presentara, y nadie dudaba de que Obando se pondría de parte del Gobierno legítimo, no obstante que en todos los actos de su vida se había mostrado enemigo de toda legitimidad, habiendo llegado hasta el extremo de hacerse la revolución á sí mismo cuando estuvo en el poder. Era sin embargo político el tratar de separar á estos dos hombres, y si no se lograba atraer á Obando al buen camino, se habría hecho cuando menos la ganancia de quitarle á Mosquera el apoyo que tenía en el prestigio que el nombre de aquél gozaba en el sur de la República. La conducta del Gobierno es por lo mismo inexplicable en este punto.

Ya he dicho que el 8 de Septiembre tuvimos la primera noticia de que las tropas de Mosquera se acercaban al Estado de Antioquia y que nadie creía fuera con el objeto de atacar á las que allí se habían organizado. Muchos individuos pensaron que el Jefe de la revolución pretendía fugarse por aquel punto; aunque no acertaban á explicar cómo y por dónde lo haría; pero se apoyaban en el dicho de la madre de Hurtado, de que *Mosquera estaba acosado*. Pero ni aun suponiendo que así fuera podía disponerse nuestra marcha al Cauca, porque en aquellos días habíamos recibido la noticia de la conclusión de la guerra en el Norte, con la victoria del Oratorio, y la de que las tropas del Gobierno volvían ya para Bogotá; es decir, que el Gobierno estaba en disponibilidad de cumplir la promesa de auxiliarnos que nos había hecho desde San Gil el 12 de Agosto, como tengo dicho.

Era además preciso saber á punto fijo cuál era el intento de Mosquera, porque si se proponía invadir el Estado de Cundinamarca por el Quindío, el General París tenía obligación de acudir á Ibagué á reforzar la partida que allí se había dejado para impedir la comunicación con los rebeldes, según las instrucciones de que he hecho mención.

Aguardámos pues, y el 10 por la noche recibimos el posta que nos envió el General Posada participándonos la batalla del 28 y la expansión del 29. Por demás me parece copiar aquí este último acto, cuando se ha reproducido tantas veces por la imprenta (1). Bastará saber que en todas partes se levantó una voz unánime contra el convenio, y que nadie

(1) Véase la *Gaceta* de 12 de Septiembre, número 2548.

dejó de escandalizarse de que se hubiera entrado en arreglos con los que el Gobierno había declarado criminales y á quienes debía prenderse para sujetarlos á juicio. Hubo otras circunstancias que contribuyeron á hacer mirar aquel paso del General Posada como indigno, y no será fuera del caso apuntarlas.

En el parte de la batalla explicaba el General Posada todas las ventajas que había obtenido sobre los rebeldes, á pesar de tener éstos una fuerza de 3,400 hombres y él solamente la de 1,600, y daba por hecho que si la noche no hubiera llegado, ó Mosquera hubiera atacado al día siguiente, la victoria más completa habría puesto fin á la revolución del Cauca; lo cual hacía resaltar esta idea naturalmente: si tan sencillo era el triunfo, ¿para qué se negoció con los rebeldes? ¿No era mucho mejor entregarlos á la justicia que dejarlos con todo su poderío acabando de desolar al Cauca? Decía Posada que la exposición la había celebrado por autorización especial del General Herrán y según las instrucciones que había recibido de él, y esto le daba á aquel acto un carácter de infidencia que chocaba con los buenos sentimientos, pues parecía indudable que en esas instrucciones y autorizaciones había figurado más el yerno queriendo favorecer al suegro, que el General en Jefe haciendo lo posible por salvar la Patria. Además, el General Posada, que no tenía mando directo en las tropas, y sólo era Subjefe del Estado Mayor general, no estaba facultado para celebrar ninguna clase de tratados, y los ajustados en Manizales fueron tachados como ilegales. De modo que hasta los que no parecían muy exaltados rechazaron la exposición como un acto humillante para el Gobierno, gravoso y pernicioso para el Cauca y deshonroso para los Generales Herrán y Posada; y llegó la opinión á tal punto, que aquél perdió la candidatura para la Presidencia de la República y éste el prestigio de que había gozado como buen militar.

No he podido averiguar si el General Posada procedió con autorización del General en Jefe ó por inspiración propia, porque este último negó haber dado tales instrucciones, aunque cargó sobre sí toda la responsabilidad; pero el hecho es que la nota de que vengo hablando (1) contenía las frases que complicaban al General Herrán, y concluía por indicar que para el General París era obligatorio el convenio, siendo

(1) Esta nota se remitió original al Gobierno el 6 de Noviembre de 1860, con oficio número 321, con el objeto de que la Administración pudiera vindicarse del cargo de falsificación que se le atribuyó. Véase la contestación del Secretario de Gobierno de fecha 19 del mismo mes, número 42.

por esto por lo que el posta pasó por el campamento de Mosquera y atravesó una parte del Estado del Cauca para que llegara á nuestro campamento con más brevedad. El General París preguntó al Gobierno si debía sujetarse á aquel convenio ó si continuaba las operaciones, y hasta hoy no ha recibido contestación ninguna oficial ni particular, pues el Poder Ejecutivo no tuvo á bien aprobarlo ni improbarlo, contentándose con decir al cabo de tres meses "que estaba roto el armisticio y quebrantado el tratado por la conducta de los sublevados." Este silencio obstinado del Gobierno, y el cuidado con que sus miembros ocultaron hasta su opinión particular, aumentaron los embarazos del General París, que se veía atacado por los indios y no se atrevía á tomar la iniciativa contra ellos por temor de poner al Gobierno en mayores conflictos, complicando la situación del país.

Si la exposición se hubiera aprobado, se habrían ahorrado muchos sufrimientos al país, pues el tiempo ha hecho ver que sus estipulaciones no eran tan malas como al principio se pensó. Mosquera se sujetaba al Gobierno general y reconocía las leyes que había desconocido y desobedecido; daba indulto á los que se habían alzado contra el Gobierno legítimo del Cauca y garantizaba sus intereses; y en cambio recibía para sí y para sus compañeros una amnistía del Gobierno general. Equivalía todo esto á confesarse vencido en la contienda y casi á pedir perdón, lo cual no habría dejado de atraerle el desprecio de sus copartidarios, que le obligaría á salir del país ó cuando menos á abandonar la arena pública. Los caucanos esquilmados por la revolución habrían dejado de perder lo que con el transcurso del tiempo perdieron, y con el descrédito de Mosquera habrían conseguido subir al poder y reorganizar el Estado. Los sucesos posteriores hicieron ver que Mosquera y su partido eran más fuertes de lo que se pensaba; pero en el tiempo á que me refiero la exaltación de las pasiones nos hacía ver y concebir las cosas de muy distinto modo, y hasta yo mismo participaba ya de la opinión del Dr. González de que era mejor castigar al Jefe de la revolución que humillarlo y perdonarlo después.

Tomó vigor y popularidad esta idea con la circunstancia de haber propuesto Obando al General París que hicieran extensivas á sus ejércitos las estipulaciones de Manizales, pues ellas nos manifestaban que los rebeldes se consideraban débiles y casi perdidos, y nos hacía esperar que el triunfo era muy fácil y nos cubriría de gloria, como si hubiera gloria en las guerras entre hermanos.

El 12 de Septiembre llegó á La Plata el comisionado de

Obando con una larga y mal redactada nota oficial y una carta particular, proponiendo la celebración de un tratado sobre las bases convenidas entre Posada y Mosquera. El General París se denegó á ello, dejando sin embargo abierta la estipulación para el caso en que el Gobierno aprobara la de Manizales.

Para ocultar la debilidad en que estábamos y hacerle creer al comisionado que teníamos mucha tropa, cuando en realidad no había en La Plata arriba de cien hombres, se hizo tocar retreta á la Banda del Batallón número 3.º unas tantas veces, y se fingieron partes y no sé cuántas cosas, que al fin debieron revelar nuestro secreto, ya por la profusión de invenciones, ya porque el Oficial á quien se quería engañar era muy sagaz y nada lerdo.

Nuestra situación iba empeorándose de día en día, pues á medida que los habitantes de Tierradentro tomaban nuevo brío con los recursos que se les enviaban del Cauca, nuestros soldados se desalentaban con la constante fatiga, enfermaban y se aniquilaban por la carencia de todo género á que tuvimos que sujetarlos. En vano aguardámos los auxilios que el Gobierno nos ofrecía, pues era asombrosa la indiferencia con que miraban las frecuentes é insinuantes reclamaciones que se le hacían, las cuales ó no las contestaba ó las eludía. Si se le hablaba de remisión de fuerzas decía que estaba aguardando el armamento que había introducido por el puerto de Los Cachos, no obstante que era público y notorio que estaba preparando una expedición de 1,800 hombres para la Costa. Si se le pedía dinero contestaba que el Comisario de la División estaba autorizado para tomarlo á préstamo con el interés del uno por ciento, como si con la autorización fuera suficiente para conseguir las sumas que necesitábamos, y como si con semejante interés fuera posible ni aun en tiempo de paz conseguir quince ó diez y seis mil pesos fuertes mensuales que consumía la División; y llegó á tal extremo la chocarería, y aun puedo decir el cinismo del Gobierno, que habiendo manifestado el General París que no salía responsable de los resultados de la campaña si seguía matándonos de hambre, que ya la desertión era escandalosa y el desaliento de los Jefes iba creciendo, nos remitió como una prueba de sus hercúleos esfuerzos *quinientos pesos* (1), al mismo tiempo que sabíamos que la guarnición de Bogotá estaba pagada día por día. Desesperado el General pidió siquiera algunas municiones, y se las mandaron tan de mala calidad, que se hizo

(1) Las notas oficiales existen en mi poder.

necesario solicitar turquesas para volver á fundir las balas y papel para rehacer los cartuchos, porque aquéllas no cabían en los fusiles y éstos se habían desbaratado en el tránsito. Las turquesas no sirvieron, y el papel nunca llegó. Casi despechado el General pidió como un artículo indispensable para que los soldados pudieran moverse por aquellos riscos, mil pares de alpargatas, que ofrecía hacer pagar á tres reales cuando en Bogotá podían conseguirse á menos de la mitad. El Gobierno tuvo el buen juicio de encargarlos al Socorro, y todavía no han llegado ni llegarán jamás. En Bogotá se habrían conseguido con alguna diligencia hasta *mil docenas de pares*, pero en tratándose de enviar recursos á la 1.^a División todo era imposible !

Así transcurrieron los días sosteniendo combates con los indios y sufriendo todas las necesidades consecuenciales al abandono en que nos hallábamos.

La camarilla por su parte, viendo la ninguna esperanza de que el Gobierno nos auxiliara, y deseando activar las operaciones sobre el Cauca, agotó los recursos de su imaginación, y desviada en sus ideas con el frenesí de que se había dejado apoderar, tomó el partido de desprestigiar al General París, contando con que al fin la desesperación le haría hacer milagros, ya que el juicio y maestría de este noble soldado no le permitían hacer locuras y precipitar al país. Escribieron á los pueblos diciendo que tenía un ejército de 4,500 hombres con el que no quería hacer más que defender su país natal (Bogotá), del cual no quería alejarse. Esforzaronse en pintar en los periódicos de la capital nuestra permanencia en La Plata como un efecto de cobardía, pereza é ineptitud, injuriando de este modo al que en todas épocas había dado pruebas de patriotismo, valor y lealtad. Forjaron noticias del Cauca, fingieron cartas, falsificaron declaraciones, y en una palabra, llegaron hasta conseguir su innoble objeto, desprestigian-do al único hombre capaz de dirigir la campaña contra Mosquera (1); y como una prueba de esta aserción citaré un caso.

(1) Convencido el General de que en ese estado de cosas nada podía hacer, renunció el mando de las tropas el día 16 de Octubre, fundándose en razones de mucho peso; pero el Gobierno contestó que no podía admitir su renuncia. Antes de esto ya el General le había suplicado al Gobierno que mandara un comisionado de toda su confianza para que sirviera de Fiscal del General y de Juez entre él y la camarilla que había organizado á su lado. Parece que el Gobierno accedió y mandó desde fines de Septiembre al Dr. Rufino Vega, pues las infulas con que se presentó en el Cuartel general nos lo hicieron creer así, aun cuando ni él ni el Ejecutivo dijeron nada sobre el particular. El General supo que Vega le había dado al Sr. Ospina un informe sumamente satisfactorio; pero D. Mariano se negó á mostrárnoslo á pesar de las repetidas instancias que se le hicieron.

Deseoso el General de hacerle ver al Coronel Jacinto Córdoba la impotencia en que se encontraba y el deseo que lo animaba al mismo tiempo de darle algún apoyo, le escribió pintándole su situación y ofreciéndole diez mil tiros para fusil y cuatrocientos fuertes, que los pondría en el punto del páramo de Las Papas que él eligiera, pues las escasas fuerzas con que contaban no le permitían enviar estos elementos hasta *Los Arboles*, cerca de Popayán, donde aquél se encontraba á la sazón. A tan franca y generosa oferta contestó Córdoba:

“Sr. General Joaquín París.

“El posta N. N. puso en mis manos los pliegos que conducía.

“Los Arboles, 3 de Octubre de 1861.

“*Jacinto Córdoba.*”

En otro lugar referiré hasta qué punto llegó en el Ejército la mala impresión que la camarilla logró hacer formar contra el General París. Quiero ahora apuntar algo de lo que esta reliquia gloriosa de los tiempos de la guerra contra España me contó en los ratos en que su vigorosa alma se sacudía de la profunda melancolía en que sus detractores lo hacían caer.

EN EL TAMBO DE GABRIEL LÓPEZ

“La batalla de la *Cuchilla del Tambo* el 29 de Junio de 1816 no la dimos por los motivos que indica Restrepo en su *Historia de Colombia*, ni por estupidez, como dice López en sus *Memorias*. Perdidas todas las esperanzas de salvar la Patria, y entusiasmados como estábamos con la lectura de las proezas de los romanos, resolvimos acabar con gloria y morir en una lucha tanto más desigual cuanto que los tres mil españoles á quienes debíamos atacar estaban en un punto formidable y nosotros éramos sólo cuatrocientos hombres que no teníamos más que decisión y valor. No teníamos Jefe que nos mandara; y habiéndonos juntado los oficiales, convínimos en obedecer á Liborio Mejía, cuyo nombramiento fue de la aprobación de unos pocos representantes que estaban con nosotros, y no del Congreso, como asegura Restrepo. El Congreso no habría podido reunirse y menos en aquellas circunstancias en que toda la Nación había vuelto á caer en poder de Fernando VII y eran bien pocos los que habían conservado el valor necesario para no esconderse.

“La mortandad fue horrorosa; pero como no había

cuartel para los rendidos, los que quedámos con vida huímos para acá sin desmayar enteramente, porque confiábamos en que bajo la dirección del General Rovira podríamos hacer algo todavía, por el prestigio que gozaba entre los *patriotas*. Muchos días hacía que lo estábamos aguardando en Popayán, adonde lo habíamos llamado con las mayores instancias; pero como era un hombre inalterable, la vida para él no tenía fin, y opinaba que había tiempo para todo, contestando á nuestros ruegos con su *ya voy, ya voy*, sin ver que los días pasaban y los españoles nos perseguían sin tregua ni descanso. Rovira jamás puso su caballo á trote, así que no era extraño que viniera tan poco á poco, que no se reunió á nosotros sino en este sitio, en que lo encontramos acompañando á unas señoritas que iban con sus padres á Popayán. Eran las Piedrahítas, que tenían reputación de bellísimas, aunque según recuerdo sólo dos de ellas lo eran; las otras eran... de recibo, como dicen ahora.

“La familia se había apoderado del tambo, y nosotros tuvimos que quedarnos á la pampa, aguantando la llovizna de toda la noche, que nos caló hasta los huesos y nos hizo sufrir mucho, sobre todo á mí, que venía atravesado de un balazo en el pecho. ¡Qué noche aquella!

“Apenas amaneció comenzámos á movernos con dirección á La Plata, y ya el General Rovira había montado en su mula cuando salió una de las niñas llorando á mares y gritando como desesperada:

“—¡Rovira! ¡Rovira! ¡no me abandone, por Dios! Lléveme consigo porque no quiero ver á los españoles. ¡No me abandone!

“—Pero, señorita, le decía Rovira, ¿cómo quiere usted irse conmigo en unas circunstancias tan críticas? Nuestro Ejército está destruido: los enemigos vienen persiguiéndonos y no tardarán en llegar: usted me obligaría á retardar la marcha y nuestra muerte sería segura, porque no hay cuartel para nadie: nos perderemos sin remedio. Por otra parte, la campaña que emprenderemos es de desesperados; no buscamos el triunfo sino la muerte con gloria: no es posible que usted vaya.

“—¡No me deje, Rovira! gritaba llorando la señorita, ¡lléveme, lléveme!

“Entretanto la familia de la señorita y todos los que allí estábamos habíamos formado un círculo al rededor de los interlocutores, y llenos de curiosidad alargábamos el pescuezo cuanto nos era posible para ver el fin de aquella escena extraordinaria en este solitario paraje, sin dejar por eso de

echar frecuentes miradas al camino por donde debían venir los españoles.

“Rovira dijo al fin :

“—Pues bien, la llevaré á usted ; pero será preciso que nos casemos para evitar las críticas que podrían ofender su reputación.

“—Con mucho gusto, contestaron ella y los dos viejos, y sin más *a* ni más *b* se apeó de la mula el improvisado novio, llamó al Padre Florido, franciscano entusiasta que nos acompañaba como Capellán de la tropa, y se celebró el matrimonio más triste que he visto, por ser triste el lugar en que tenía efecto, tristes las circunstancias en que nos encontrábamos, tristes todos los que nos hallábamos presentes y triste el porvenir que presagiábamos. Los padrinos de esta rara boda fueron Liborio Mejía y la señora madre de la novia. Esta se llamaba Josefa Piedrahita, la misma que algunos años después casó con Páramo.”

—¿ Y qué hicieron ustedes ? le preguntámos.

El General continuó :

“Nosotros seguimos en alcance de los cien hombres que traíamos, sin detenernos ni un minuto. En La Plata supimos que el Coronel Tolrá venía de Bogotá con 400 hombres, y resolvimos hacer alto y resistir allí, aprovechando las ventajas que nos daba el terreno. Por supuesto comenzámos á llamar otra vez á Rovira, que se había quedado atrás, instándole para que apurara porque el enemigo estaba encima.

“Tolrá llegó el 10 de Julio de 1816 y nos cargó con toda su fuerza. Nos sostuvimos dos días ; pero habiendo conseguido el enemigo pasar un batallón entero por cerca del punto por donde pasámos en esta vez, nos cogió á dos fuegos y nos volvió pedazos, habiéndonos escapado como por milagro sólo unos veinte, que tuvimos que volver por el mismo camino que habíamos llevado. En *El Pedregal* me separé con dos compañeros del resto de la caravana y mé interné á Tierradentro, á cuya circunstancia debo sin duda la conservación de la vida, pues los otros fueron alcanzados y lanceados sin misericordia, excepto Rovira y no me acuerdo cuál otro que fueron conducidos á Bogotá. A Rovira lo fusilaron poco después.

“El camino que elegimos Pino, Domingo Aráoz y yo fue el que páрте del llano de la Venta para la izquiérda con dirección á Segovia. Los demás habían tomado el que pasa por Coetando á Nátaga.

“Anduvimos por senderos extraviados hasta el pueblo de Calderas, en donde esperábamos encontrar algunos recur-

sos; pero sus habitantes habían huido á los montes y no había quién nos amparara. Seguimos sin saber para dónde, guiados por el nevado del Huila, á cuyo pie estaba el camino por donde esperábamos escapar. De repente nos encontramos en un punto espantoso, en donde la vereda no pasaba de media vara de ancho, teniendo á un lado la roca cortada á pico y del otro un grande derrumbe que llegaba hasta el río Páez. Nadie pasaba por allí á caballo, pero el temor de caer en manos de los españoles nos daba ánimo para todo, y sin meditarlo mucho nos metimos en aquel horroroso desfiladero, cuyo tortuoso piso estaba lleno de fango y piedras rodadas de la roca, haciendo más y más peligroso el tránsito. Pocos pasos había dado mi mula cuando enredada en una raíz saliente dio una terrible sacudida que por el estado de debilidad en que me hallaba me fue imposible resistir, y torciéndome de un lado hice perder el equilibrio al pobre animal, que vino dando volantines por el derrumbe abajo hasta que encontró con un árbol arraigado en la roca, que nos detuvo en el aire sobre el abismo. Mis compañeros á fuerza de trabajo y de industria lograron sacarme de aquella espantosa situación, sin que yo hubiera podido hacer en su ayuda el menor esfuerzo, porque la herida y una multitud de *chichaguyes* que me habían salido me impidieron todo movimiento.

“No bien salimos á la trocha y echámos á andar, el Cielo nos mandó otro castigo terrible. . . . Un terremoto violento conmovió las entrañas de la tierra é hizo desquiciarse y rodar los cerros como si fueran granos de arena. El pedazo de camino que habíamos andado se borró del todo, quedando en su lugar un tajo inmenso en la peña, que hacía imposible nuestro regreso al punto por donde habíamos entrado en él. Nos veíamos en la necesidad de continuar á pesar de las mil grietas que se habían abierto en la cordillera delante de nosotros.

“Cuando nos estábamos felicitando por haber dado con el camino público, oímos á lo lejos un tropel de caballos que nos anunció la aproximación de las fuerzas españolas. Apenas tuvimos tiempo de escondernos en un barranco á la orilla del camino, para dejar pasar á los enemigos, cuya conversación pudimos percibir claramente, á pesar de que los latidos del corazón nos ensordecían.

“Salvados también de este peligro, trasmontámos la cordillera y salimos á la llanura de Jambaló, en donde una partida enemiga, al mando de un tal Peña, que era el Alcalde, se puso á perseguirnos sin que nos fuera posible escapar, pues hacía tres días que ni nosotros ni nuestras bestias comíamos un

bocado. Por fortuna se contentaron con amarrarnos y llevarnos bien asegurados á Popayán, teniendo que agradecerle al Sr. Peña el habernos dado de comer.

“En Popayán encontramos á muchos compañeros de armas que estaban aguardando también la decisión de su suerte. El Consejo de guerra condenó á diez y siete á ser quintados para morir, y entre ellos estaba yo. La suerte debía decir los que quedarían con vida y los que serían fusilados.

“En un *morrión* de un soldado echaron trece papeletas con la palabra *vida* y cuatro con *muerte*, y fueron sacándolas una á una, á medida que nos llamaban por lista. Los condenados á muerte fueron el General López, que entonces era Alférez; Rafael Cuervo; Mariano Posse, de quien después les referiré muchos rasgos de su vida, y Sabaraín, que creo se llamaba Alejo. A los demás nos llevaron á Bogotá con Caldas, Torres y muchos más que tuvieron distinta suerte. A mí me juzgaron nuevamente y me condenaron á ser fusilado; pero por fortuna pude probar que me habían quintado y la suerte me había protegido, y según la práctica de entonces me conmutaron la pena en seis años de presidio y seis de servicio militar, y tuve que salir con los que habían sido condenados á la misma pena para Maracaibo, donde debíamos sufrirla.”

—; Y cómo se escapó el General López? le preguntámos.

“Pues... yo no estoy bien impuesto... porque en ese tiempo se habló con mucha variedad, y ahora no me acuerdo á qué causa dice él que debió esa fortuna. Pero lo cierto es que los pusieron en capilla, los sacaron al banquillo y al tiempo de matarlos los perdonaron y volvieron á la cárcel. Rafael Cuervo repartió entre nosotros su ruana y algunas otras piezas de ropa para que nos acordáramos de él; pero al momento que volvió nos dijo con mucha seriedad, volviéndonos á quitar lo que nos acababa de dar: ‘señores, donde hay engaño no hay trato. Yo les di mis cosas porque me aseguraron que me mataban y no me han hecho nada: con que así... venga lo que es mío.’

“Muchos dijeron que cuando los sacaron de la capilla ya el General López sabía que los iban á perdonar; pero aun dado caso que así fuera, siempre fue una acción de mucho valor el haber salido comiendo pan, como él lo hizo. Cuando volvamos á La Plata veremos sus *Memorias*, á ver cómo cuenta el suceso.”

Llenos de interés y de curiosidad le preguntámos en otra ocasión cómo había escapado vivo del presidio, cuando sabíamos que eran pocos los que habían podido resistir á las

fatigas á que se les sujetaba. El General, anudando su relación, continuó :

“ Salimos de Bogotá unos diez y ocho individuos, condenados todos á presidio, excepto Buitrago, el padre del actual General, que iba á sufrir su juicio á Tunja. Ya ni me acuerdo de los nombres de los que íbamos, sino de Vergara, Niño, Tanco, P. Mosquera, Ortiz, Fernando Mutis, Mota, Simón Burgos y no sé quiénes más que después recordaré. Todos íbamos á pie y en la situación más triste que se puede imaginar. Rendimos la primera jornada en Fusca, en donde algunos patriotas nos dieron algo qué comer y unas pocas mulas de carga para los que estábamos más débiles y flacos, lo cual les dio motivo á nuestros conductores, que eran unos desalmados, para que se divirtieran con nosotros de un modo bárbaro y brutal. Apuraban nuestras bestias hasta donde podían, y de repente tenían de firme la soga con que estábamos amarrados por los lagartos, haciéndonos dar un volatín por el anca de los caballos y caer á tierra: ¡ no se cómo no nos mataron á golpes ! ” (El General se reía á carcajadas al referirnos esta barbaridad).

“ No pueden ustedes figurarse cuánto nos hicieron sufrir en ese viaje. Parecía que cada uno de los soldados y oficiales de la escolta se ponía á inventar algún medio de atormentarnos. En los pueblos del Norte usan unas artesas ó canoas grandes para echar de comer á los marranos, y en ellas nos daban el rancho ó sancocho con que nos alimentaban, sin tomarse siquiera el trabajo de rasparles el barro y la basura de que por lo regular estaban cubiertas. Desde entonces fue cuando adquirí el vicio de comer tan de prisa y tan caliente como ahora lo hago, porque al presentarnos nuestra artesa de rancho metía yo mi cuchara en el centro y sacaba y engullía á la carrera, antes de que los compañeros hicieran lo mismo y de que la mugre se comunicara á toda la comida.

“ Desde Tunja se nos reunió un Sr. Serrano, gran patriota que había conseguido que no lo mataran fingiéndose loco. Lo mandaban á presidio con condición de que al volverle el juicio lo fusilarían. En ese hombre fue donde pude apreciar cuánto puede el amor á la vida. Con su locura fingida sufría más que con el suplicio más atroz, y sin embargo cada día fingía más y mejor.

“ Ibamos siguiendo nuestro camino sumidos en el más triste silencio, y de repente se paraba Serrano, alzaba los ojos y las manos al Cielo como para buscar inspiración, y volviéndose á los conductores comenzaba á perorar en favor de la libertad de la América con la mayor energía y la más viva

elocuencia, pero al mismo tiempo con tan disparatado desacuerdo, que junto con las deprecaciones más tiernas y devotas, soltaba una media docena de blasfemias horribles, y las más conmovedoras lágrimas las juntaba á las carcajadas del idiota. Toda esta farsa iba acompañada de gesticulaciones y posturas grotescas, y concluía siempre con una *zumba* de azotes y palos que le aplicaban los soldados hasta dejarlo postrado, con la mordaza que le obligaba á callar, y con las reprensiones, súplicas y amenazas que le hacían muchos de nuestros compañeros de trabajos, que siendo altamente religiosos y temerosos de Dios se escandalizaban con las blasfemias y se conmovían con las deprecaciones, causando en sus escrupulosos espíritus una lucha terrible que los hacía prorrumpir en las amonestaciones más fervientes para que se resignara á morir como cristiano más bien que á sufrir tantos trabajos sin provecho para su alma. Pero como estas *caritativas* amonestaciones aumentaban las sospechas de que estaba fingido, los castigos iban siendo cada vez más crueles, y el temor de Serrano cada vez más grande, y sus locuras mayores, de modo que en algunas ocasiones se alborotaban los pueblos y caminos, testigos de estas escenas, por las lágrimas y lamentos de los mismos timoratos á quienes Serrano hacía responsables ante Dios de los males que por causa de ellos sufría. A nadie he visto sufrir más que á este fingido loco, y nadie ha presentado un conjunto de contradicciones tan marcado, pues junto con el miedo cerval de morir tenía el más heroico valor para vivir padeciendo, y á medida que el miedo se le aumentaba crecía también la resolución de provocar la crueldad de sus victimarios. Yo creo que al fin el pobre hombre se volvió loco de veras; digo si no es una insigne locura amar tanto una vida como la que él llevaba.

“ Para que se formen una idea de lo crueles de nuestros conductores, les referiré una escena que se verificó en Capitanejo. Llegámos á ese pueblo como á las ocho de la noche, molidos de cansancio y sumamente estropeados por las marchas cargando las cadenas con que para aquella época nos habían ayuntado de dos en dos, temiendo que nos escapáramos. El Comandante de la escolta ordenó que todos nos alojáramos en uno solo de los dos calabozos que había en la cárcel; pero como el cuarto era tan pequeño y no tenía ventilación, al paso que el calor del clima nos sofocaba, le hicimos presente que allí cerca estaba el otro calabozo en donde podíamos alojarnos algunos para no morirnos todos, y que por compasión debía permitir que nos dividiéramos. Nada pudimos con aquel bárbaro, y cuando le suplicámos que se

tomara la pena de entrar al calabozo y convencerse por sí mismo de que era *imposible* que cupiéramos ni aun de pie en un espacio tan estrecho, "veremos si es imposible," nos contestó, y desenvainando su espada comenzó á dar estocadas á diestra y siniestra, con lo cual nos hizo entrar en tropel á todos, pues hirió á cuatro ó seis."

—¿Y cupieron? le preguntó el Coronel Caycedo.

"—¡Por supuesto!" contestó el General con una expresión tan seria que nos hizo reventar de risa.

"Ahí en Capitanejo tuve un rato de angustia mortal, pues Simón Burgos, que era mi amigo y compañero de cadena, resolvió darse la muerte para librarse de los sufrimientos que nos hacían tener. Yo agoté toda mi elocuencia para hacerlo desistir, pero ésta no sería mucha porque mi amigo permaneció firme en su resolución, y al tiempo de desayuntarnos para pasar el río por una malísima tarabita que allí había, se despidió de mí de la manera más tierna, aunque con gran disimulo. Pasaron primero cuatro soldados; después seguí yo, y todavía me acuerdo del vértigo que sufrí al llegar á la mitad del río, con motivo de estar las cuerdas muy flojas y hechas una mochila, pues bajé como un rayo hasta tocar casi las aguas, y allí comenzó la tarabita á dar unos bamboleos capaces de marear la cabeza más fuerte. Allí era sin duda donde Burgos debía morir; y esa idea me hizo estremecer de pies á cabeza y me obligó á agarrarme con pies y manos para no caer al turbulento río. Pasé por fin y me puse á mirar á Burgos, que debía seguirme. Lo vi sentarse en la tarabita y bajar hasta el seno de la cuerda con una rapidez horrorosa. . . . El corazón y los ojos se me salían de angustia, y me pesaba amargamente no haber denunciado su temerario proyecto, para no hacerme cómplice de aquel suicidio. . . . Sin embargo la tarabita comenzó á subir por la cuerda, y aunque perezosa y lenta en su marcha, al fin llegó trayendo á Burgos pálido y trémulo, bien agarrado de las cuerdas y deseoso de llegar á tierra. Lo abracé con la mayor efusión, y después del primer momento no pude resistir á la curiosidad y le pregunté á señas qué había sido. . . . 'Me dio miedo,' me dijo secamente, y nunca volvió á hablarme de suicidio."

Refiriéndonos después el General el modo como escapó del presidio, que no dejó de ser providencial, pues á consecuencia de una grave enfermedad que le atacó no pudo embarcarse con sus compañeros, y cuando pudo hacerlo, *El Indio libre*, buque corsario de Colombia, les dio caza y lo arrojó á una isla desierta en compañía de una señora inglesa, mujer de un oficial español, que venía enferma y dio á luz un niño

en aquellas soledades. Que después pudo pasar á Jamaica, en donde estuvo mucho tiempo manteniéndose de limosna, hasta que se organizó la nueva expedición libertadora que el año de 1819 sacó del dominio de la España á la gran República de Colombia. Aunque cada uno de estos pasajes encerraba para mí un mérito grandísimo, no tuve oportunidad de escribirlos inmediatamente después de referidos, como lo hice con los anteriores, y he temido desvirtuar la relación y desmejorar las pinturas, por lo cual reservo para otra ocasión el escribir esa parte de su vida.

Muchas notas curiosas é interesantes pudiera yo haber sacado para la historia de la guerra de la Independencia, de las relaciones del último testigo presencial de la mayor parte de sus grandes escenas; pero ya he dicho que su ánimo se hallaba abatido y torturado con el constante murmurar de los de la camarilla, con las exigencias de casi todos los que se le acercaban, con el completo abandono en que nos dejó el Gobierno, y en una palabra, con la mortificante y embarazosa situación moral en que se hallaba, la cual me explicaba el General lleno de amargura y de sentimiento en estos términos:

“ Ningún sacrificio se agradece en estos países, y ningún hombre está exento de las calumnias de los muchos que se creen con derecho á ser obedecidos. Yo emprendí esta campaña sin obligación legal y sin necesidad: para que el Gobierno adquiriera el derecho de ocuparme, renuncié mis privilegios legales, como á tí mismo te consta: siendo la pensión de que disfruto igual al sueldo que se les paga á los Generales en servicio, nada gano en dinero, pues estándome en mi casa me pagarían algo, y aquí se me abandona: el deseo de adquirir gloria no me llama la atención, porque á mi edad y después de una vida como la que he llevado, sería una locura creer que hay gloria y honor en matarnos hermanos contra hermanos. Si la gloria militar existiera, yo la habría conseguido en la guerra contra España, pero de ningún modo vendría á buscarla por aquí. Hago la campaña contra dos hombre á quienes he amado y amo con ternura, porque han sido de los pocos que no han traicionado mi amistad; y aunque me duele y me disgusta verlos metidos del lado de la mala causa, no por eso dejo de sufrir horriblemente al tener que batirme.

“ Si el Gobierno triunfa, como lo espero, el Sr. Julio Arboleda subirá al poder, y preveo grandes males para el país en su administración. Julio es un hombre de carácter versátil y doble que no da garantías de estabilidad, y por esta sola circuns-

tancia creo que la Nación tendrá mucho qué sufrir con el triunfo del Gobierno. Así es que he venido sin obligación, sin halagos, sin necesidad, contrariando á mis afectos personales, y lo que es más, temiendo las consecuencias de mi triunfo (si es que lo obtengo); y ¿todo por qué? ... Por defender la vida, el honor y los intereses de los mismos que me critican, que me aniquilan con su maledicencia, que tratan de precipitarme y perderme sin reparar que precipitan y pierden á la República entera."

Entre los combates que sostuvimos contra los indios citaré uno que aunque fue poco diferente de los otros, dio por resultado la muerte de uno de sus Jefes, *asesinado* por los nuestros, según dijo Mosquera después.

El 21 de Septiembre á las cinco de la mañana se presentaron en el Boquerón de Segovia como trescientos hombres armados que intentaban romper nuestra línea por Viborá. Cincuenta de los nuestros, al mando del Capitán Toribio Tribín, sostuvieron el punto por más de dos horas, causando al enemigo algunos daños que no podíamos apreciar acertadamente porque á retaguardia de los combatientes había un número triple de indios desarmados, prontos para sacar del campo y reemplazar á los que quedaban fuera de combate. Acribillados los indios por nuestros fuegos, comenzaron á retirarse por la orilla del río, para el lado de *La Venta*, esperando sin duda poder forzar el paso más abajo ó distraer á los que defendían el puente de Viborá. Diose orden al Capitán Custodio Ripoll, que se hallaba en La Manga, de que pasara el río y aguardara á los enemigos emboscado en un punto á propósito para obligarlos á dispersarse ó á que se replegaran al cerro del *Salado*, en donde serían rodeados y cogidos. Mientras tanto el Capitán Quintero (Juan N.) debía sostener los puntos del río acometidos, y Tribín, pasando el puente, cargar á los enemigos por su flanco derecho y retaguardia. Ripoll cumplió en parte las órdenes, pero asustado con la masa de cerca de mil hombres que se le venía encima, tuvo por prudente no sólo repasar el río, sino lo que fue peor, cortar el puente que con tanto trabajo y sacrificio se había hecho. Triuín y Quintero siguieron ejecutando sus respectivos movimientos; pero cuando notaron que Ripoll no ayudaba, tuvieron que retirarse haciendo pruebas de mucho valor para no dejarse envolver de los indios que como un torrente volvieron sobre ellos, y con palos y piedras ayudaban á los fusileros: En una de las arremetidas que dieron los nuestros, lograron coger herido ya á uno de los Jefes contrarios, llamado Miguel Juez, indio de formas atléticas y de un valor sobrehu-

mano, el cual no quiso entregar sus armas á pesar de los ruegos y amenazas que se le dirigían, trabándose una lucha terrible entre el prisionero y los que trataban de amarrarlo, por una parte, y por los combatientes de ambos campos que cuerpo á cuerpo se disfrutaban la presa. Era el único hombre que aquel día había caído en nuestro poder, y los indios no podían conformarse con dejarlo entre nosotros después de haber conseguido retirar todos sus muertos y heridos. Juez en la lucha atravesó con su lanza á uno de nuestros soldados, y los otros, enfurecidos y tal vez avergonzados de verse impotentes al frente de aquel hombre de hierro, le dieron unos cuantos bayonetazos y acabaron con él, sin haber conseguido arrancarle el arma con que hasta el último momento les amenazaba. Los gritos espantosos de aquel indio redoblaban el ardor de los combatientes, y la carnicería fue grande porque los habitantes de Tierradentro no desmienten las relaciones que del tiempo de la conquista nos han dejado los compañeros de Quesada.

Desde ese día la lucha se hizo más encarnizada y los que seguían las banderas revolucionarias se mostraron más crueles y sanguinarios. En Yaquivá lograron sorprender una avanzada y dieron muerte de la manera más salvaje á dos soldados que cayeron en su poder. Cerca del puente de Viborá había una casita en donde solían ir nuestros soldados, á pesar de estar muy cerca del campamento enemigo del Boquerón. Para castigar los indios este arrojo bajaron una noche y pasaron á cuchillo á una anciana y dos niños que encontraron, sin atender á que la primera estaba á las puertas del sepulcro por la terrible epidemia de viruelas que comenzaba á desarrollarse, y que los otros dos no pasaban de diez años y eran inofensivos. A muchos transeúntes los asaltaron, robándoles cuanto llevaban y asesinandolos, según se dijo, y como la configuración del terreno se presta tanto á esta clase de operaciones, temíamos con sobra de razón que en lo sucesivo se convirtiera este territorio en otro Sierramorena, cuya pacificación y reducción podría costar á la Republica ingentes sacrificios.

A este propósito nos decía el General París que en su concepto debería emplearse uno de dos medios: ó regalar á alguna compañía especuladora inglesa ó norteamericana una parte del terreno, con la condición de fundar y mantener un establecimiento cualquiera, ó armar una fuerte expedición contra los indios, que destruyendo sus casas y sembrados, cogiera hombres y mujeres de todas edades y los transportara á otro punto en donde la abundancia de población

los tuviera enfrenados. La primera de estas medidas es tanto más realizable cuanto que en esos terrenos se producen una multitud de sustancias exportables, como la cera de laurel, que es abundantísima; y el establecimiento extranjero vendría á ser como una colonia, que impediría como en otros países toda clase de trastornos y excesos. La segunda tiene el inconveniente de la destrucción que trae consigo la guerra, pero al propio tiempo aumentaría los trabajadores del país adonde se les trasladara, y se les civilizaría con más facilidad. El valle de Tenza sería un punto á propósito para la colonización de los descendientes de las tribus paeces. Las serranías de Quetame son más semejantes á las de Tierradentro, pero tienen el defecto de estar inhabitadas, y nada se adelantaría con llevar allá á los indios, dejándolos dueños del territorio y aislados como están ahora.

El 4 de Octubre fue un día lleno de agradables ilusiones políticas. Llegónos la noticia de que el Sr. Zarama, Intendente nacional del Cauca é infatigable sostenedor del Gobierno general, había tomado la ciudad de Barbacoas haciendo huir al Gobernador intruso Aníbal Mosquera. Cartas anónimas de Popayán nos aseguraban que el impertérito Coronel Jacinto Córdoba había recibido los elementos de guerra que de tiempo atrás estaba aguardando de Pasto; que Mosquera continuaba atrincherándose en Calibío, temiendo la aproximación de nuestras fuerzas, y que la deserción que diezmaba sus tropas era tal, que su brillante ejército estaba reducido á unos pocos cientos de hombres ancianos, niños y valetudinarios, incapaces de resistirnos; que Obando se había separado de Mosquera, disgustado por los procedimientos de éste contra todos los ricos y hombres honrados, á quienes tenía en la más dura prisión para arrancarles por la fuerza los exorbitantes donativos que les había impuesto, llegando su iniquidad hasta el extremo de aprisionar á las señoras más respetables; en fin, que *acosado* por Madriñán en el Valle, por Córdoba en Patía, por Zarama en Pasto y por la opinión en todas partes, no le quedaba más recurso que entregarse; y como para corroborar todas estas noticias, llegó también un comisionado de Mosquera con nota oficial y carta particular para el General París, en que hablaba de paz y reconciliación. Las notas oficiales las hizo publicar el Gobierno (1), pero las confidenciales las hizo circular manuscritas y como reservadamente, sin duda por algunas frases un tanto exageradas, que contenían y no convenía darlas al dominio del público.

(1) Véase la *Gaceta*.

Hacia el fin de este libro copio la del General á Mosquera.

Las contestaciones de que hablo fueron entregadas á la crítica de los señores de la camarilla, los cuales dieron su aprobación con sólo la advertencia de que se le quitara á la carta particular esta frase: "¿podrás negarme la prisión de Matilde Pombo?" diciendo que la noticia que sobre ello se nos había dado era falsa. Esta pequeñez bastó para que se agostaran mis ilusiones con el temor de que todas las noticias salieran tan faltas de verdad como la prisión de la Sra. Pombo, mujer del más alto mérito y gran representación social, y madre del Sr. Sergio Arboleda, quien había referido al General todos los pormenores de ese atentado con lágrimas en los ojos, suplicándole que marchara á ponerla en libertad. No pasaron muchas horas sin que recibiéramos la nota oficial del Sr. Madriñán (1) en que avisaba que estaba "haciendo esfuerzos por poner en mano los doscientos cincuenta fusiles que había sacado de Antioquia." No era pues cierto que Mosquera se viera *acosado* por esas fuerzas, que apenas existían en la mente del Jefe que debería mandarlas. Las demás noticias dichas salieron, si no falsas, cuando menos exageradas y bastante adulteradas.

Esto no obstante, el General París conservaba las más lisonjeras esperanzas de que Mosquera se convencería de que el consejo que le había dado, de suspender ó abandonar la guerra y presentarse á la Corte Suprema de Justicia á responder de los cargos que se le hacían, era verdaderamente aceptable y conveniente para él; y que el día menos pensado le diría: "Protégeme de los que me siguen como amigos y acompáñame á Bogotá." Y efectivamente, en la situación del General Mosquera aquel consejo era una tabla de salvación, porque en el mero hecho de presentarse al Tribunal manifestaba que era hombre de principios y no una víctima de la más loca ambición, como se le calificaba: sus partidarios habrían celebrado el triunfo que su caudillo les daba, sobre la acusación que fundadamente se le hacía de no tener más bandera que el deseo de mando y la venganza contra los pueblos que no lo habían favorecido con sus votos para Presidente de la República: en caso de salir mal del juicio, la pena que podía imponérsele era el destierro, y el ejemplo de Obando podía enseñarle que no hay medio más sencillo para hacerse un grande hombre en esta pobre tierra, que el de ser expatriado: si por el contrario era absuelto de la acu-

(1) Véase la nota original.

sación, el pueblo lo habría ensalzado y su ambición se habría colmado.

Mosquera pensó lo contrario, y abrió operaciones sobre nuestra pequeña División y poco después sobre el Estado de Cundinamarca. La República iba perdiendo cada día en una progresión alarmante.

El 18 de Octubre comenzaron á alarmarse nuestras avanzadas en el Guanacas con la aparición de partidas enemigas que llegaban hasta el alto de El Obispo, y temieron que se intentara alguna operación por ese lado. Vinieron al mismo tiempo algunos individuos de Totoró con cartas para nuestros compañeros, anunciando una derrota sufrida por el Coronel Córdoba y otra por varios patriotas del valle del Cauca que se habían levantado sin orden ni concierto en contra de la revolución y habían sido destrozados en el llano de la Concepción.

A esa sazón varios vecinos del Estado del Cauca, que habían salido huyendo de los revolucionarios habían formado parte de un batallón que debía organizarse cuando transmontáramos la cordillera y se nos unieran los millares de hombres que decían estaban aguardándonos para tomar las armas. En ese Cuerpo se habían colocado también los que se dispersaron con Barrada en la toma de La Plata. Ciento diez eran por todos y estaban comandados por el Teniente Coronel Severo Rueda y el Sargento Mayor Lisandro Caicedo. Ellos habían representado que tenían derecho á estar en la vanguardia, y en consecuencia se les había enviado al tambo de Corrales á estacionarse allí, con órdenes de no pasar adelante y de tener buen espionaje hasta el sitio de Gabriel López.

Locos de entusiasmo y sin atender á las órdenes que se les habían dado, pasaron hasta Gabriel López y mandaron sus partidas á El Obispo, no habiendo parado hasta conseguir que Rueda los condujera á Totoró, en donde permanecieron dos noches y un día. El General París improbo ese movimiento y dio orden de que volvieran al tambo de Corrales, como se les había prevenido. La orden les llegó cuando habían regresado huyendo de una partida enemiga que venía de Silvia. Poco después supieron que unos cincuenta hombres armados habían ocupado á Gabriel López, y pretendieron ir á asustarlos para pagarles en la misma moneda la ocurrencia de Totoró. Fueron en efecto contrariando las instrucciones que tenían y comenzaron un simulacro de combate á distancia bastante prudente del campamento enemigo. Este permaneció tranquilo aguardando el ataque, pero al ver que los nuestros no daban muestras de querer acercarse, salieron y se

desplegaron en varias direcciones, acercándose á buen paso, lo cual bastó para que nuestros intrépidos de vanguardia volvieran grupas y se pusieran en retirada hasta el destacamento de la Ceja, en donde la fuerza veterana que teníamos los hizo hacer alto, bien que algunos llegaron hasta La Plata llevando las más alarmantes noticias.

Marchó el General París para Inzá, acompañado solamente de los Sres. Rufino Vega, Sergio Arboleda y de mí, á informarse de lo ocurrido y disponer lo conveniente. En Inzá encontramos á casi todos los del fracaso, cabizbajos y avergonzados, echándole la culpa de lo ocurrido al Comandante Rueda, que fue calificado por ellos de cobarde y de ignorante, etc. Rueda por su parte no sabía cómo disculparse de haber faltado á las órdenes que había recibido, y acusaba á los otros de insubordinados y flojos. El General hizo llamar al Mayor Caicedo, en cuya rectitud, buen juicio é ilustración tenía puesta toda su confianza. Caicedo informó en presencia de los mismos dolientes "que habiéndolos formado en batalla y viendo que no querían avanzar, les dijo *que los que tuvieran miedo dieran dos pasos al frente*, y que de todos los del batallón sólo cinco habían permanecido en su puesto; que eran unos cobardes á quienes él no quería mandar más." El dicho del Mayor Caicedo fue atestiguado por algunos que presentes se hallaban, entre ellos el Capitán Juan Vicente González. El General se apresuró á poner remedio á todos, haciendo marchar á los individuos que componían este *famoso* batallón á La Plata, con el objeto de que formaran un escuadrón que debía hacer la custodia de aquella plaza, al mando del Sr. Belisario Losada, doctor en medicina y graduado de Comandante en esos días. En cambio hizo venir las dos Compañías del 3º de línea, con no poco agrado de todos los que conocían que no siempre son aptos para llevar la vanguardia los que ladran y gritan desde lejos. Debo hacer aquí mención de algunos jóvenes de familias notables que no quisieron participar de la ignominia de sus paisanos y se quedaron formando un piquete denominado *Compañía de Popayán*, y cuyo comportamiento fue noble y digno, como era de esperarse. Rueda y Caicedo siguieron mandando la Columna de vanguardia que pocos días después vino á ser el ala izquierda de nuestro Ejército, por haber tenido que hacer un cuarto de conversión á la derecha para atender solamente al territorio de Tierradentro.

El ejército enemigo celebró con gran regocijo los dos triunfos que creyó haber conseguido con las retiradas de Totoró y Gabriel López, y tomó posesión militar de aquel

pobre pueblo, tratándolo con todo el rigor de la guerra y entregándolo al saqueo y pillaje de la soldadesca, según dijeron varios de sus vecinos en las sentidas cartas que escribieron á los que se titulaban *libertadores del Cauca*, echándoles en cara su conducta y haciéndolos responsables de los males que estaban sufriendo por el atolondramiento en la provocación que le hicieron á Mosquera, y por la cobardía con que huyeron al aproximarse las primeras partidas que éste mandó contra ellos. Y en verdad que los pobres totoroños tenían razón, puesto que sin la entrada de los nuestros á su territorio, los contrarios no los habrían tratado como á enemigos.

Después supimos que el proyecto que se había formado era el de obligar al General París á invadir definitivamente al Cauca, á pretexto de dar apoyo y protección á los que se habían adelantado contra sus órdenes. La cobardía de éstos no dio tiempo de que se realizara el plan, y la camarilla inventó otro que tenía el mismo resultado; era una jugada de ajedrez para comprometer toda nuestra fuerza, ya que la pericia del General había previsto que éramos impotentes contra las tropas rebeldes.

Para concluir con los indios de Tierradentro no se necesitaba más—según el dicho de nuestros Mentores—que poner un destacamento de cincuenta hombres en Mosoco, que privando á los rebeldes de comunicación, hiciera agotar los recursos con que los indios contaban, y los obligara á rendirse. Pintaban el proyecto con tan bellos colores y tanto acaloramiento, que llamaron la atención del General París más de lo que hubieran deseado, pues á poco comprendió la intriga que se tramaba, tal vez con muy buenas intenciones y halagüeñas esperanzas, pero encarrilada bajo el sendero del engaño y bajo la influencia de pasiones mal reprimidas.

Mosoco es un pueblo de Tierradentro distante quince leguas de Inzá, hacia el Norte. El destacamento que pusieramos tenía que atravesar ese espacio por entre los enemigos y quedarse aislado en caso de conseguir llegar allá. El servicio que podía prestar era interceptar la comunicación de los indios con el Cauca por aquella vía; pero tenía que dejar libre el camino que pasa por Chitoco en la banda norte del río Páez, y todos los demás que haya y pueda haber, teniendo presente que para los habitantes de ese territorio lo mismo es que exista ó que no exista camino, porque pasan por donde pase un conejo. Para el sostenimiento de esa pequeña fuerza no contábamos con nada, porque nada teníamos, y era seguro que la perderíamos sin gloria y sin objeto, puesto que se vería en el

corazón de Tierradentro, rodeada de enemigos infatigables y sin retirada ni esperanza de salvación.

Ninguna de estas circunstancias se ocultaba á los señores de la camarilla; pero su pensamiento era hacer que esos cincuenta hombres pidieran auxilio, y obligar al General á marchar con toda la División para no dejar perder esa parte, y una vez puesto en marcha, hacerlo seguir al Cauca por *Las Moras*, ya que no habían conseguido que lo hiciera por el Guanacas. A este propósito me decía el General: "Esta *jugada* es la misma que hizo D. Julio Arboleda el año de 1854, cuando contrariando el plan de operaciones en el Magdalena, marchó con la columna que mandaba á La Mesa, y nos ofreció desde el camino que si no lo auxiliábamos era perdido y nosotros seríamos los responsables; por lo cual tuvo que marchar en su apoyo todo el Ejército. En ese entonces el paso salió bien por una multitud de circunstancias que hoy no existen, y ya no es tiempo de que yo permita que jueguen conmigo. Estos señores nada aventuran, porque si la expedición se pierde, yo seré el responsable, y si por un milagro sale bien, ellos se apresurarán á hacer creer que sin sus luminosos consejos nada se habría conseguido."

La negativa del General á aceptar este proyecto dio motivo á una carta que el Sr. Sergio Arboleda le escribió y que conservo en mi poder, la cual causó una impresión tan grande en el General, que lo llevó á la cama á impulsos de una enfermedad bastante grave, producida por la excitación nerviosa y por la melancolía. Su alma, vigorosa y fuerte para resistir á los trabajos de toda la vida, casi desfallecía en medio de aquel sinnúmero de tormentos que le proporcionaban los comisionados del Gobierno. Las habladurías que se suscitaron entonces excedieron los límites de la decencia y del decoro, y llegaron á tal extremo que no sé todavía cómo fue que no se cometieron delitos atroces á impulsos del fanatismo político que se levantó. Referiré un hecho que dará á conocer hasta dónde se adelantaba en la vía que se había emprendido de la exageración y la calumnia.

Hicieron varios jóvenes una tertulia en la hacienda de *Barbillas* ó *Buenos Aires*, en casa del Comandante Fermín Vargas, cuya obsequiosa familia nos había recibido y tratado muy bien. Instáronme para que asistiera, y como á las doce de la noche, cuando la franqueza y buen humor se habían hecho generales, un joven de Popayán, llamado Juan Luna, acercándose á una mesa en que había licores, tomó una copa, suplicó que se le atendiera y dijo en presencia de todos: "Señores: brindo porque todos mis paisanos hagan con los

Sres. Ramón Guerra y Rafael Escallón la justicia que públicamente voy á hacerles, porque públicamente se les ha ofendido. Varios individuos se habían propuesto denigrar á estos dos jóvenes y han llegado á producir tanta animadversión contra ellos, que yo mismo he hablado y escrito en contra suya, y aun he brindado con muchos de mis compañeros *por el puñal que hiciera el bien de quitarles la vida*. En los días que he permanecido en La Plata he hecho un dilatado estudio de los que se me habían pintado como unos monstruos, y lleno de indignación y de arrepentimiento he propendido á que se efectúe esta reunión para satisfacer en público á estos jóvenes, á quienes ofrezco mi amistad." Esta manifestación tuvo eco en varios corazones generosos, entre los cuales cuento al Dr. Rufino Vega, que aquella noche acabó de convenirse de que los miembros de la camarilla, lejos de comprender la misión que pudieran tener, habían dado rienda suelta á sus pasiones en contra de la misma causa que debían defender.

El 26 ó 28 de Octubre llegó á Tierradentro un Cuerpo de línea como de 400 hombres, al mando de un Sr. Alvarino, que antes había sido Oficial del Gobierno y ahora se había vuelto revolucionario por satisfacer las aspiraciones que lo dominaban. El Comandante Heliodoro Ruiz, Jefe de la Columna del Centro y del Batallón número 5.º, había trabajado mucho por impedir que Alvarino tomara parte con los rebeldes; pero á pesar de sus antiguas relaciones y de la influencia que ejercía sobre él, nada había podido conseguir. La llegada de este refuerzo se hizo conocer en los campamentos enemigos por las bandas de música y cornetas que traía, la bandera y uniformes del Cuerpo, y lo que es más, por los movimientos arreglados que éste ejecutó en presencia nuestra. Inmediatamente mandó nuestro General que se replegaran á Inzá todas las fuerzas que había en el Guanacas, pues ya era un hecho que se se pensaba en atacarnos por Tierradentro.

El día 30 todo anunciaba que se preparaban para una batalla. Los Jefes enemigos recorrían la línea y pasaban revista á sus batallones; los indios se movían con más velocidad y cambiaban con presteza sus campamentos, y en fin, todo era un vivo aviso de que al día siguiente pelearíamos contra gente disciplinada y contra indios salvajes al mismo tiempo. El General París dispuso que nuestro campo de defensa fuera *El Pedregal*, para lo cual todos los destacamentos deberían retirarse á ese punto tan luégo como fueran atacados, trayendo siempre al enemigo á la vista, para obligarlo á batirse en nuestras posiciones. El Batallón número 3º se co-

locaría en nuestra ala derecha sobre el cerro de Topa, acercándose cuanto fuera posible hacia nuestro centro, que sería defendido por la artillería, colocada cerca del pueblo, y el Batallón número 5.º formaría el ala izquierda, quedando las compañías de Popayán é Inzá de reserva para ocurrir adonde fuera necesario. Lo difícil para nosotros era esa retirada desde Inzá por un camino tan malo y estrecho, dominado en toda su extensión por los fuegos enemigos, porque si éstos conseguían introducir el desorden en nuestra fuerza, su triunfo era seguro. Mas si por el contrario conseguíamos atraerlos á nuestro campo, su pérdida sería completa.

Pasámos toda la noche en la expectativa más cruel, oyendo el *¡alerta!* de los centinelas enemigos y percibiendo casi hasta sus palabras, pues había puntos, como en Rionegro, en donde nuestro campamento no distaba del enemigo sino veintitrés metros. Al amanecer el día 1.º de Noviembre todo había desaparecido del otro lado del Ullucos, y sólo habían quedado en el Salado unos tres novillos gordos que cogimos y nos comimos con gran regocijo de los pobres soldados que ya casi morían de hambre. El Ejército contrario se había replegado al centro del territorio, y todó quedó en tranquilidad por algunos días.

Los que se habían quedado en La Plata aguardaban con la más grande ansiedad el resultado de todos los preparativos, y no faltaron Jefes de alta graduación que pasaran sus bestias y equipajes al lado oriental del río para estar prevenidos para huir á la primera noticia adversa que recibieran. Mariano París, hijo del General, que hizo toda la campaña como compañero de su adorado padre, quiso divertirse á costa de los que se habían quedado, y le escribió al Capitán José María Mallarino una carta contándole todo lo ocurrido, y otra con estas pocas palabras:

“ Mi querido Pepe: el Batallón 5.º ha sido destrozado completamente; Guerra queda gravemente herido; mi papá se retira apoyado en una Compañía del 3.º y seguirá hasta Neiva. Ház que lien bien mis baúles y los pasen al otro lado del río, sin que nadie sepa nada.

“ Tuyo, *Mariano.*”

Mallarino desempeñó su papel á las mil maravillas, y es fama que muchos de los que vieron la carta no se murieron por falta de valor para ello. Sólo Rafael Escallón hizo lo que cumplía á un hombre de honor: puso en salvo los papeles de la Comisaría y preparó su mula para ir á nuestro encuentro; pero nuestra llegada puso fin al sainete para dar lugar

á las risotadas y al contento. Pocos días después se realizó lo que Mariano París había inventado por chancearse.

Para el 10 de Noviembre ya no nos quedaba duda alguna de que el General Mosquera con todo su Ejército venía sobre nosotros por Tierradentro. El Mayor Lisandro Caicedo le avisó al General París que por Silvia habían pasado más de dos mil quinientos hombres llevando trenes de artillería, más de mil reses y centenares de cargas de parque y equipaje. El General envió esta carta al Gobierno, pintándole por última vez lo angustioso de nuestra situación; pero al Gobierno no le pareció que *un sólo testigo hiciera plena prueba* (1), y no se movió ni nos auxilió con nada más que con el consejo de retirarnos esquivando el combate, como nos lo había dicho desde el 6 del mismo mes en una carta reservada que recibimos en la Manga el 17, cuando ya no era posible hacerlo, como adelante diré.

Trasladóse á los campamentos de Ullucos todo el cuartel general, el parque y lo servible que teníamos, dejando en La Plata al Comandante José María García Tejada como Jefe de la plaza y el escuadrón de caucanos que se llamaba *Lanceros del Guanacas*. Dispúsose un ataque para el día 16, y cuando todos esperábamos la terminación de esa azarosa campaña, se suspendió todo y nuestra atención se dirigió sobre uno de nuestros Jefes, acusado de traidor con las más agravantes circunstancias. La cosa pasó así:

Súpose que el Comandante Heliodoro Ruiz había recibido cartas de los enemigos y había pasado á su campamento el 14, casi al anochecer, habiendo permanecido allí cerca de dos horas. Este hecho por sí solo habría bastado para hacer recaer sobre ese Jefe las más negras sospechas, y con sobrada razón; pero en el acto se acordaron todos de que en Neiva había elevado una representación pidiendo su separación del Ejército porque no tenía voluntad de servir;

Que en la toma de La Plata, en lugar de marchar con su Batallón por Coetando, había salido por Potrerillo;

Que cuando se le dio orden de situarse en el *Boquerón de Cansarrocines* devolvió al Oficial que se la comunicó, preguntando cuál era ese sitio, lo que dio bastante tiempo á los sublevados para escaparse por aquella vía;

Que después de haberle explicado á qué punto se le mandaba ir con todo su Batallón, se detuvo hasta que pasó el último soldado, aumentando así las dificultades de la persecución á los dispersos;

(1) Véase el oficio de 21 de Noviembre, número 134

Que cuando se le previno que preparara su Batallón para una correría á Tierradentro, expuso en un largo informe las dificultades que había y los malos resultados que podía traer consigo la expedición ;

Que no se atrevió á aconsejar nada al Comandante Cerezo cuando le preguntó desde Inzá lo que debía hacer el día que los caucanos vinieron en derrota del páramo de Guanacas ; y en fin, que había sido íntimo amigo de Alvarino y con él era con quien había tenido correspondencia, todo lo cual aumentaba horriblemente las sospechas y colocaba á Ruiz en el más falso predicamento.

El General, como dije arriba, suspendió los preparativos para la batalla y mandó que viniera Ruiz á hablar con él. Ruiz escribió en el instante una circular á los Sres. Generales París y Buitrago, Rufino Vega, Sergio Arboleda, Manuel José González, Carlos y Próspero Salcedo y á otros, preguntando si en su concepto se había portado bien ó mal durante la campaña. Esta previsión acabó de perderlo en concepto de todos, pues todos pensaban que no habría dado ese paso si no se encontrara culpable ; sin embargo, *todos* le contestaron que su comportamiento había sido brillante y digno de elogios, y sólo el General París difirió su respuesta para cuando Ruiz hubiera contestado á los cargos que se le hacían. Este rasgo hará conocer cómo andaba la sanción pública en aquellos buenos tiempos. Ni uno solo de los que acusaban al Comandante Ruiz ante su General se atrevió á manifestar en presencia del acusado la más ligera duda respecto á su conducta.

Ruiz concurrió al llamamiento del General montado en un caballo castaño y acompañado de los dos Oficiales con quienes había ido al campamento enemigo. Su entrada al pueblo del Pedregal se verificó por entre una doble fila de curiosos, y nadie dejó de notar que venía avergonzado y meditando como un reo convicto y confeso. Apeóse en la casa en que vivía el General, y media hora después volvió á salir, recorrió el pueblo á pie, y al fin tomó su caballo y partió para su cuartel en Viborá, saludando con alguna altanería á los que hallaba á su paso.

Ruiz es un joven de buena presencia, un poco bajo de cuerpo, de cabeza bien conformada, la frente algo achatada, adornado con un par de cejas pobladas, ojos garzos, barba castaña clara muy abundante y cuidadosamente recortada ; de maneras exageradamente finas ; de genio concentrado y poco comunicativo, y muy amante de las fórmulas sociales ; es un hombre bastante agradable, pero que no inspira

confianza ni respeto. Lleno de ideas de gloria y grandeza militar, es un paria en estos tiempos de desmoralización y democracia, y ya no hay quien comprenda su alma, acostumbrados como estamos á ver *el ejército* convertido en una asamblea deliberante. Sumamente sensible y algún tanto nervioso, se había vuelto casi misántropo, huyendo de las penas que le causaba el sufrimiento de los demás. Muy instruido en las ciencias militares y celoso por los fueros de su profesión, es á un mismo tiempo subordinado hasta la humildad y exigente hasta la altanería. Tenía ó tiene la pretensión de volverle al Ejército su naturaleza y su esplendor, y ha querido comenzar por él mismo la reforma, para tener el derecho de no disimular á los demás sus faltas de subordinación ó de mando. Por esta razón se mostró tan exigente cuando se le dio la orden de colocarse en el *Boquerón de Cansarrocines* con todo su Batallón, como adelante diré.

Cuando los acusadores exaltados del Comandante Ruiz vieron que no se le mandaba fusilar y que se permitía su regreso al campamento que ocupaba, se indignaron de tal suerte que daban rugidos de cólera y se mesaban los cabellos. Los señores de la camarilla, varios Oficiales y hasta el Dr. Rufino Vega, á quien el General París había honrado con la más ilimitada confianza y á quien llamaba *su brazo derecho*, pidieron su pasaporte, manifestando "que habían perdido toda esperanza de que el General *hiciera algo* á favor de la causa que defendíamos," ¡como si fuera *nada* lo que hasta entonces había hecho! Este procedimiento alarmó en gran manera al General, porque se creía abandonado de todos, y para él era menos malo seguir martirizado como hasta entonces que quedarse aislado y sin apoyo. . . .

Para colmo de amarguras el General Buitrago, que hasta aquel día había permanecido indiferente y mudo espectador de lo que pasaba, sin apoyar las ideas de la camarilla porque todas se dirigían á dar batallas, y él no era hombre de andar á caza de esa clase de aventuras, y sin atreverse á contrariarlas por temor de incurrir en su desagrado, creyó llegado el caso de ganar fama y prosélitos, y escribió una carta al General París en que le decía que por su cobardía y flojedad nada se había hecho favorable en toda la campaña, y que hasta los traidores descarados encontraban en él apoyo y protección, etc. Esta carta no tenía más objeto que el que los caucanos apreciaran toda su energía y valor, al leerla, y después guardarla ó destruirla sin que el General París la viera.

El General Buitrago, que temblaba como un niño á la presencia de cualquiera de sus subordinados, temiendo que se

indignaran contra él, no podía atreverse jamás á provocar la cólera del General París, y mucho menos á criticar sus ideas por el riesgo que había de que se dispusiera alguna batalla ó cosa parecida. Nada le disgustaba más que las *molestias*, y por evitarlas habría dado algunos días de la vida pasada.

El General París entró á la casa de Buitrago al tiempo mismo que éste recibía las felicitaciones y muestras de aprobación de los que habían sido invitados á leer ese parto de su ambición y vanidad. A su presencia todos enmudecieron y se inmutaron tan notablemente, que el General comprendió que algo grave pasaba entre ellos, y habiéndole dicho uno de los circunstantes que se trataba de una carta para él, se acercó á la mesa en que la habían dejado y puso la vista en sus renglones. Nada es capaz de pintar lo que pasó entonces en todos los semblantes. Los ojos del General chispeaban de rabia y de despecho, y su truncada mano buscaba la empuñadura de su espada.

Buitrago, pálido y desencajado, temblaba como el azogue y buscaba un apoyo para no caerse de sus pies, sin atreverse á levantar los ojos del suelo; Arboleda y González se sonreían como gozándose en la pesadumbre desesperante que corroía las entrañas del General en Jefe; Próspero Salcedo alzaba las manos como pidiendo al Cielo misericordia; y el Dr. Vega trataba de disimular el temblor de sus labios. Por último estalló la tempestad. . . .

—¡Imbécil!—exclamó el General dirigiéndose á Buitrago.—¡Usted también me insulta y me ultraja! . . . ¡Usted, indio miserable y cobarde que no merece ni aun mi desprecio! . . . ¡Ahora es cuando conozco hasta dónde me han hecho despreciable, cuando hasta usted se atreve á injuriarme! ¡Me considero arrastrado por el lodo, después de haber leído esa producción de su alma tan baja y tan miserable como todo lo suyo!”

—Mi General—dijo Buitrago con tono suplicante—yo no pensaba que usted leyera ese papel, que no es más que un proyecto de lo que intentaba escribirle”

—Es una infamia todo lo que usted escribe, y nadie podrá levantar el dedo contra mí, repuso el General, agotado ya por la vehemencia del dolor. Lo que he hecho con Ruiz, ni usted ni los espíritus apocados á quienes trata de adular pueden comprenderlo, porque ha sido obra de la reflexión y no un aborto del desenfreno, como lo hubieran deseado; y mi conducta en la campaña no ha podido ser otra porque estoy acompañado de usted, cuya cobardía es proverbial.

Y diciendo esto estrujó la carta entre los dedos y se la arrojó á la cara al que merecía aquella noche algo más que esta filípica, y salió de la casa apoyado en el brazo del Capitán Mallarino y seguido del Dr. Vega y de mí.

En el camino para nuestra habitación nos dijo el General: "Sólo el temor de lo que pudiera suceder á esta pobre República me ha impedido el darle á Buitrago el castigo que merece, pasándolo con mi espada. He hecho un sacrificio más para que no se diga que por mí se perdió alguna vez la buena causa...." Reflexionando después, agregó como para sí mismo: "He hecho bien: los hombres colocados en cierta posición no tenemos derecho de *tener actos primos*."

Esa noche no durmió el General ni un minuto, y apenas amaneció el 17 hizo llamar á Ruiz y tuvo con él el siguiente diálogo:

—Sé que usted ha pasado al campo enemigo y que está en relaciones con él.

—Sí, señor—contestó Ruiz sin inmutarse:—fui con el permiso que usted me concedió, y no he tenido más relaciones con el enemigo que la carta de Alvarino que le envié á usted con el Alférez Pontier.

—¿ Con el permiso que yo le di? ¿ Cuándo, en dónde he concedido yo permiso?....

—Señor—dijo Ruiz con respeto,—tan luégo como recibí la carta de Alvarino en que me decía que estaba moribundo de pesar al tener que pelear contra mí y que se acabaría de quitar la vida si por desgracia sus soldados me mataban en el próximo combate, mandé al Alférez Carlos Pontier, Ayudante de mi Batallón, que le trajera á usted la carta y le suplicara de mi parte me hiciera el favor de decirme si podía aceptar la entrevista que Alvarino me proponía, de la cual esperaba poder recabar que éste se separara de las filas enemigas y volviera al buen camino. Pontier volvió en el momento diciéndome que usted había leído la carta y había contestado "que le parecía bien," con lo cual no vacilé y pasé al campamento contrario, acompañado del mismo Pontier y del Sr. Rafael Estévez....

—¿ Pero cómo ha podido decir Pontier—preguntó el General admirado—que yo concedía ese permiso?... Pontier nada me preguntó, nada me dijo de parte de usted. Vino, me entregó la carta, y cuando se la devolví, montó á caballo y regresó á Viborá. En esto hay algún misterio ó alguna falsedad (1).

(1) Pontier es un joven, natural de Cartagena, corto de genio y escaso de

—De lo cual no puedo ser responsable, concluyó Ruiz, porque para mí era un hecho que usted me concedía permiso de hablar con Alvarino.

—¿Y porqué si usted tenía esa creencia—preguntó el General con energía—no me dijo antier ni una palabra respecto de la entrevista? Si su conciencia estaba tan tranquila, ¿porqué me callaba el resultado de su diligencia? ¿porqué aguarda usted á que yo lo llame por segunda vez y le pregunte?

—Señor—dijo Ruiz poniéndose colorado,—mi diligencia salió vana: Alvarino pretendía que yo abandonara las banderas de la legitimidad, y no ha dado muestras de querer separarse de la causa que defiende. Me pareció indigno de un General en Jefe ocupar su atención con detalles tan de poca monta y tuve vergüenza de hablarle á usted de ellos en los momentos en que toda su alma estaba embebida en las grandes cuestiones que tiene que resolver. Por otra parte, creí que al ver usted que yo nada le decía, debía comprender que ningún resultado había dado mi conferencia.

—Sea de ello lo que fuere—dijo el General con reflexión,—usted, Ruiz, se ha perdido en la opinión del Ejército. Se le acusa á usted de *traidor*, fundados en que desde Neiva manifestó que no tenía voluntad de servir al Gobierno, y dos veces más ha solicitado usted su licencia indefinida ó absoluta; en la toma de La Plata cambió usted mis instrucciones mandando á los caucanos por Coetando y viniéndose usted por Potrerillo; no quiso marchar á *Cansarrocines* sino después de que todos los rebeldes se habían escapado; no quiso marchar á Tierradentro cuando se pretendió hacerlo; recibe cartas del enemigo, las contesta usted de un modo ambiguo y sin avisármelo; va donde él, y yo que soy su Jefe lo ignoro; y en fin, cuando lo hago venir para abrirle la puerta á la confianza y proporcionarle la oportunidad de dar una explicación de su conducta, pide usted certificados sobre su comportamiento y se presenta al cuartel general con la arrogancia del triunfo, según me lo han dicho los que á su paso lo vieron. Todo esto quiere decir algo, Ruiz, y por eso lo he hecho venir otra vez, para que como caballero diga usted si

palabras; afanoso y precipitado en sus cosas, y creo que de no muy clara inteligencia. Cuando vino con la carta de Alvarino, permaneció mudo delante del General, y sin decir también una palabra montó otra vez en su caballo y volvió donde Ruiz, repitiendo la única frase que salió de los labios del General “; Bien!” dijo éste como esperando alguna explicación; pero Pontier, que no estaba habituado á estos monosílabos aislados, picó al galope, llegó á Viborá y dijo: “El General contestó que estaba bien.” Así es que en mi concepto ni Pontier ni Ruiz tuvieron mala fe en la interpretación de esa frase

quiere servirle á Mosquera ó volverse para Bogotá, para extenderle su pasaporte para dondequiera ; bien entendido que no puede permanecer más á mi lado.

—Mi General, dijo Ruiz—ahogando los sollozos,—muy terrible es todo lo que usted me dice, y no estoy preparado para contestar ; diré algo, sin embargo, porque estoy inocente : lo juro por mi honor y por el respeto y veneración con que lo miro á usted. En Neiva quise separarme del Ejército, porque mi esposa estaba enferma en Bogotá y así me lo exigía : quería complacerla á costa de mi reputación militar, y por eso he repetido dos veces mi solicitud, esperando poder probarle después que había hecho lo posible por volver á su lado. En la toma de La Plata yo mismo me sorprendí al llegar á Potrerillo, pues estaba creyendo que iba para Coetando. Los guías extraviaron los caminos y me trajeron por donde debían haber ido los caucanos. Estoy tan inocente en este punto, que aun hoy no podría volver á pasar por el camino que traje, porque vine como ciego. Era la primera vez que llegaba á esos lugares, y me habría dejado llevar á Neiva si hubieran querido, pues á mi ignorancia se reunía la absoluta confianza en el guía que me señaló el Estado Mayor. Ese mismo guía tuvo la culpa de que yo preguntara cuál era el *Boquerón de Cansarrocines*, puesto que no había por allí paraje ninguno conocido con ese nombre. Había un boquerón llamado de *La Plata* y un cerro conocido por *Cansarrocines*, y yo necesitaba saber á cuál de los dos debía dirigirme para no dejarme engañar como lo acababa de ser con el camino de Coetando. Cuando se me explicó que era al boquerón de *La Plata* adonde debía ir se agregó en la orden—“*con todo el Batallón*”; y ya ve usted, mi General, que era preciso hacer pasar el río á *todo el Batallón* para cumplir. Si el Estado Mayor me hubiera dicho con qué objeto se me mandaba ir, tal vez me hubiera movido con los pocos soldados que estaban del lado de acá ; pero nada se me dijo sino que me situara en ese punto. Cuando usted, mi General, me dio orden de prepararme para una correría por Tierradentro, yo no me rehusé á marchar ; sólo que me tomé la libertad de explicarle al General Pñas las malas consecuencias que podía haber de esa expedición, y fue el General Pñas y no yo quien escribió sobre eso. La nota fue de mi letra, es verdad ; pero en lugar de hacérseme un cargo de eso, más bien creo yo que se debía tener en cuenta mi celo por la conservación de esta pequeña fuerza, en la cual tienen puestas todas sus esperanzas las innumerables víctimas de la revolución. Si me hubiera callado y la expedición

se hubiera perdido, me habría muerto de remordimientos. Dos cartas he recibido del enemigo: una del General Mosquera, que usted leyó en mi cuartel de Viborá en el mismo acto en que la recibí, y la otra de Alvarino, que inmediatamente se la remití á usted con el Alferez Pontier. La contestación que di á la primera fue enteramente de acuerdo con las ideas que tuve la honra de expresar delante de mi General el día que la recibí, y si no se la mostré á usted fue porque no me pareció que en mi letra quedaba buena, y le recomendé á un amigo que sacara una copia. La contestación á Alvarino se redujo á estas palabras: "El General París conviene en que yo lo vea á usted, y en consecuencia iré esta tarde al ponerse el sol." Ya le he dicho á mi General cuál fue el motivo que tuve para no hablarle de esa entrevista; y en cuanto al último cargo, debo confesar que las esquelas que escribí pidiendo certificados de mi conducta en la campaña, las puse preocupado con la idea de que algunos señores se estaban cebando en mi reputación tan sólo por el delito de ser bogotano, y quise ver si por escrito sostenían lo que yo sé que han dicho verbalmente, en cuyo caso les pondría un tapaboca con lo que usted, el General Buitrago y el Dr. Vega dijeran, porque inocente como me encontraba, tenía seguridad de que esos votos me serían favorables; y en caso de que no tuvieran bastante valor para firmar lo que antes aseguraban, su mismo proceder era mi justificación, que es precisamente lo que ha sucedido al presente, porque ha de saber, mi General, que todos, excepto usted, me han contestado del modo más satisfactorio y lisonjero. Mi General me conoce bien y sabe que no he podido presentarme con aire arrogante. Cuando fui llamado antier vine un poco desazonado porque ignoraba el motivo de haberse suspendido las operaciones y temía algún disgusto con individuos que se encontraban aquí; mas cuando vi que usted nada me habló que no fuera con la bondad que acostumbra, salí alegre y desahogado, y tal vez mi semblante haría aparentar arrogancia cuando mi alma no sentía más que satisfacción.

Otras muchas cosas dijo Ruiz que por no extenderme demasiado no expóngo, aunque tengo apuntamientos de todo tomados allí mismo. Por último convino en que su mala estrella lo había colocado en tal situación que no podía conservar el mando del Batallón, y al desprenderse de él, después de haber acordado con el General que se le admitiría una de las tres renunciaciones que había hecho, lloraba de tristeza al separarse de los soldados á quienes él había enganchado, organizado é instruido, y pidió al General como última gracia que

les nombrara en su reemplazo un Comandante que los cuidara y agasajara como él lo había hecho. "Son casi mis hijos—decía—ó á lo menos los miro como á tales. Búsqueles usted, mi General, un Jefe que no los desprecie."

Desde aquel mismo día dejó Ruiz de pertenecer á la 1ª División del Ejército del Sur, pero tuvo la satisfacción de recibir muestras de grande aprecio y estimación de todos los hombres de sano juicio y buen corazón, como el Dr. Vega, el Capitán Mallarino y otros muchos.

Los preparativos para la marcha de este Jefe á Bogotá los hizo el Alférez Pontier, pues no se le permitió volver á Viborá, y si hubiera tenido el buen juicio de presentarse el día 19 con un fusil al hombro en lugar de seguir su marcha, habría ganado más gloria y fama que la que podía apetecer. Esta fue en mi concepto la única falta de Ruiz; pero sobre ella nadie ha dicho una palabra.

El General París estaba como aturdido por lo que había visto y oído en esos últimos días. Se creía humillado y envilecido por lo que de él habían dicho y escrito, por el papel que se le había querido hacer representar, y lo que es peor, por las injurias que le había irrogado el General Buitrago. Veía que su prestigio se había acabado en fuerza de la constante murmuración de sus detractores, y recordaba con amargura la conducta del Coronel Córdoba, de que hice relación antes; la repugnancia con que hasta algunos alcaldes de pueblos miserables contestaban sus comunicaciones; el abandono en que lo había dejado el Gobierno; la coacción que se trataba de hacerle para obligarlo á tomar resoluciones trascendentales; la mala fe de los que le rodeaban, y por último, el desabrimiento é indiferencia con que se le trataba por los que antes lo atendían y complacían.

Sumergido en un abismo de meditaciones que le hacían comprender más y más su poca influencia en las operaciones que dirigía, se encaminó al campamento de La Manga y allí recibió la comunicación de la Secretaría de Guerra de 6 de Noviembre, número 131, en que le decía el Poder Ejecutivo que podía retirarse sin presentar batalla, porque importaba sobremanera conservar la División; consejo bien gracioso por cierto, después de habernos dejado abandonados por tanto tiempo, halagándonos con la esperanza de un pronto socorro, y cuando ya se habían adelantado las cosas á un punto en que no era humanamente posible volver atrás. Tres mil y tantos hombres teníamos al frente de nuestros campamentos, prontos á echarse sobre nosotros al menor descuido, y dominándonos en una extensión de diez ó doce leguas. Desde el

instante en que hubiéramos dejado á Inzá, el enemigo se habría puesto á nuestra espalda, y no era posible esperar que se hubiera escapado uno solo, atacándonos por el flanco y por retaguardia. El Mariscal Ney se habría encontrado incapaz de hacer ese movimiento con soldados escuálidos, enfermizos y descalzos como estábamos. Esto en cuanto á la materialidad de retirarnos, que si se atiende á lo grave y trascendental del paso, creo que no habrá uno sólo que juzgue que en la situación en que se encontraba el General era posible dar la orden, y mucho menos hacerla cumplir.

Ya no era tiempo de recuperar el prestigio perdido; ya los ánimos se habían exaltado mucho y no se podía calmarlos en un momento para hacerles comprender la razón; ya la indisciplina había cundido en el Ejército en términos de haberse desertado el Sargento Mayor Vicente Cabrera, Comandante de un pequeño piquete de caballería de Garzón, y muchos soldados del Batallón 5.º, que marchaban por las noches llevándose sus armas y municiones, y pocos eran los que obedecían; todos se hacían un deber de gritar que no triunfábamos porque no combatíamos, y que el día de la batalla sería el de la victoria; ya no era para el Ejército el General París el oráculo que antes decidía de nuestros destinos, y nadie ó casi nadie se curaba de lo que decía ó mandaba; la obra que meses atrás habían emprendido "los hombres honrados del Cauca" estaba consumada; la política tortuosa del Gobierno había producido sus frutos, que destilaban sobre nosotros su jugo emponzoñado. En una palabra, el estado moral de la División hacía más imposible nuestra retirada que la situación física en que nos hallábamos.

Por otra parte, ¿de quién huíamos? Los indios no podían intimidarnos porque siempre habían sido rechazados. Las tropas del Cauca no se habían atrevido á atacarnos. Mosquera no había llegado, según lo aseguraban los caucanos que estaban con nosotros, siendo para ellos un hecho incontrovertible que el *Tomás C. de Mosquera* á quien veíamos era otro hombre disfrazado para representar el papel como en un teatro. Nadie, ni el Gobierno mismo, habría creído que el General París tenía razón para retirarse sin combatir. La rechífla nos habría acompañado por todas partes y los soldados se habrían desbandado y dispersado sin ventaja para nadie.

Por la atormentada imaginación del General cruzó el pensamiento de aprovecharse de las buenas disposiciones que manifestaba el Jefe de la revolución en una cariñosa carta que el mismo día 17 le escribió desde Segovia, para negociar con él la retirada de la División sin que nos molestara ni persi-

guiera ; pero la deshonra y vilipendio que un convenio como éste le acarrearía sobre el de la retirada sin combatir, lo horrorizó de manera que no volvió á pensar en ello. Y verdaderamente no habría sido digno de un Jefe tan distinguido un tratado tan poco belicoso.

La carta de Mosquera no contenía más que palabras de ternura y cariño, y quejas al destino que lo arrastraba á un campo enemigo del del General París ; pero una posdata de su puño y letra le decía que " su primo el Sr. Julio Arboleda acababa de escribirle desde Santa Marta proponiéndole que olvidaran sus antiguos odios y unieran sus ejércitos para dominar el país y gobernarlo de acuerdo con sus principios." " Como esta propuesta—concluía la posdata—es de tanta trascendencia para la República, querría contestarla por conducto tuyo ó de tus agentes, y así te suplico me digas si por medio de Briceño y Ucrós puedes hacer llegar á manos de mi primo Julio las cartas que te remitiré."

El General París creyó naturalmente que esa carta no tenía más que dos objetos : primero, avisar que el que teníamos al frente era el mismo General Mosquera ; y segundo, hacernos desconfiar del Coronel Arboleda que con una División estaba combatiendo la revolución en la Costa y era el candidato para la futura Presidencia, y lo que era más, la causa que había movido al Gobierno á armar y despachar una flotilla por el Magdalena, en vez de auxiliarnos con algo, como lo había pensado y ofrecido. En consecuencia, contestó en los términos más amistosos, y en posdata de su propia letra agregó estas sencillas palabras : " No puedo hacer lo que me indicas."

La camarilla acordó mientras tanto un nuevo plan de ataque, que fue presentado al General aquella misma noche (17 de Noviembre). Este hizo varias observaciones y modificaciones, y al fin quedó resuelto lo siguiente : la Columna que estaba en Inzá, que era de unos 280 hombres, debería pasar el río y sorprender ó atacar las fuerzas enemigas que había en el cerro de San Andrés, obligándolas á retirarse hacia el Boquerón de Segovia : tan luégo como los nuéstrs llegaran al cerro más alto de este Boquerón, el Capitán Mariano Camacho con 45 soldados del Batallón 5.^o saldría por la izquierda del puente de Viborá para apoyar á los de Inzá y robustecer el combate. La presencia de Camacho en la cúspide del cerro del Boquerón sería la señal para que el Capitán Toribio Tribín saliera por la derecha del mismo puente y reforzara con los 50 soldados que mandaba las partidas expresadas. Cuando Tribín hubiera coronado la altura, el Capitán Juan Anto-

nio Borrero con otros 50 hombres subiría al Salado y serviría á los nuéstros de apoyo y de refuerzo. La presencia de Borrero en el Salado sería la señal de marcha para el Sargento Mayor José María Dávila, que con 60 hombres debía subir á la ceja que domina el río y amagar sobre las casas de la Venta, á cuyo tiempo los 185 hombres restantes cargarían sobre el llano saliendo por el puente de la Manga, y generalizarían el combate.

Como se ve, nuestro movimiento tendia á obligar al enemigo á concentrar sus fuerzas, lo cual era una chabonada, y no se dejaban partidas de reserva, lo que prueba que no era el combate dispuesto por el General París, sino por los que infatuados con lo que pensaban de sí mismos, creían saberlo todo y tener derecho á ser creídos y obedecidos de los demás.

Sin embargo las cosas no habrían salido tan mal á no haberse precipitado los movimientos; pero parece que el destino nos había condenado á ser las víctimas de amigos y enemigos en esa campaña. Bien decía el General Posada en el parte de la batalla de Manizales (1): " Los partidarios muchas veces, sea que aconsejen, sea que critiquen, sea que aplaudan, sea que censuren, causan más daño que los adversarios." El Dr. Rufino Vega acompañó al General París á Viborá, y en la noche del 18 aconsejó á los Capitanes Camacho y Tribín que pasaran el río y permanecieran escondidos en la maleza, mientras llegaba la hora de auxiliar á Rueda y los suyos. Los Capitanes aceptaron el consejo sin consultar ni dar parte al General, y á las once de la noche ya estaban aguardando el combate. El impetuoso Camacho, á quien llamaban *el loco* por su temeridad en la pelea, resistió en su escondite seis horas, y cansado de la expectativa se lanzó á las cinco de la mañana sobre un batallón bien uniformado y preparado que al frente veíamos formado en batalla. El ataque fue recio y vigoroso, pero no bien habían llegado los nuéstros á la cima del cerro desalojando al enemigo á la bayoneta, éste se desplegó en la falda y volvió á subir dejando al pobre Camacho encerrado y tomándolo prisionero con todos los que á sus órdenes iban. Tribín, que vio llegar á Camacho á la altura, se lanzó á su puesto con un denuedo admirable, pero sin querer obedecer á las órdenes que nuevamente le daba el General, lo mismo que á Camacho, por medio de la corneta. Tribín peleó como un león y murió como los héroes de la Edad Media, rodeado de los cadáveres de sus enemigos; pero su ex-

(1) *Gaceta Oficial* de 1860, número 55, página 2,527.

traordinario valor fue perjudicialísimo, pues no sólo perecieron todos los soldados y oficiales que lo acompañaban (excepto el Sargento Mariño, que se salvó por milagro), sino que hizo empeñar el combate en toda la línea, cuatro horas antes de que viniera la columna de Inzá. Los únicos que anduvieron con fortuna fueron los que entraron por La Manga. Ellos consiguieron arrollar al enemigo y dispersarlo, y entraron hasta las casas de la hacienda de La Venta, en las que Mosquera tenía su habitación y cuartel general, se apoderaron de sus papeles, anteojos, lentes, etc., y consiguieron retirarse, aunque con gran pérdida. El Mayor Dávila, que presenciaba desde la altura la matanza y destrozo de Tribín y Camacho, izó bandera blanca y se entregó junto con el Capitán Borrero. Los que salieron de Inzá llegaron al Boquerón á las diez, después de haber superado mil inconvenientes y de haber vencido al enemigo en más de diez cargas á la bayoneta. Ya estaba todo perdido, y no habiendo podido retirarse, se entregaron. Sólo 83 hombres útiles se salvaron de toda la División, y emprendieron la retirada para La Plata junto con 37 heridos.

De los que estábamos en Viborá salimos vivos el General París, su hijo Mariano, el Dr. Vega, el Capitán Mallarino, el Comandante Aniceto Canales (primer Ayudante de campo del General y sustituto de Ruiz en el mando del Batallón número 5.º), el Mayor Eliseo Hurtado, un Alférez Carvajal, que aquel día se pasó al enemigo y denunció el lugar en que dejámos escondido uno de los cañones que teníamos, un Sargento Sánchez con 4 soldados de artillería, dos sirvientes y yo. Los demás quedaron muertos ó prisioneros.

Desde el principio del combate las mujeres que por allí había se congregaron en una casita al rededor de un retablo de San Antonio á quien habían encendido una multitud de velas, y lloraban á gritos previendo nuestra derrota. Sus lamentos iban acompañados de las imprecaciones de un negro viejo, soldado antiquísimo que se había quedado allí sin duda por no ser necesario el tambor ó caja de guerra que manejaba desde el tiempo de Colombia. El opinaba que valiéndonos del diablo sacaríamos más ventajas que suplicando á los santos, y cayéndose de embriaguez trataba de referir varias escenas trágicas en que su idea había salido triunfante. Al centro de aquel teatro infernal conduje al Capitán Mallarino para comprar unas tortillas (arepas) que acababan de traer y con las cuales pensábamos aplacar el hambre de tres días que nos mataba. Recuerdo que se había puesto su mejor vestido y que al tiempo de salir de la barraca en que había pasado la noche,

se volvió, sacó de entre sus *corotos* un escapulario y se lo colgó al cuello después de santiguarse devotamente. Esos fueron los últimos momentos que pasé con ese amable joven: tuve que separarme á unas cuadras de distancia, á activar el cañoneo sobre las tropas que rodeaban á Tribín, y cuando volvía con el cañoncito, perseguido á cuarenta pasos por el enemigo, vi al Dr. Vega seguido de Mallarino que emprendían la huida. "¡Pepe, Pepe! le grité: ¡aguarde usted al General, no se vaya solo!" Pero no me oyó, y en nada estuvo que por su precipitación fuera aquel día el último de su vida. Yo me detuve todavía un minuto sacando unos papeles pertenecientes al archivo del cuartel de Tribín, ocupado ya por el enemigo, y haciendo desmontar y esconder el cañoncito, y alcancé al General que en mi famoso macho rucio trataba de alcanzar al Dr. Vega y al propio tiempo se detenía á cada paso por aguardar á Mariano, que venía atrás. El camino que seguíamos es de travesía y muy poco frecuentado, porque la vía común estaba ocupada por los contrarios hacía media hora. Debíamos pasar el río Negro por vado, bajar por la orilla derecha hasta cerca del puente, de donde nos hacían bastantes tiros de fusil, y rodear después por varios cerros hasta caer á la llanada del Pedregal. Vega y Mallarino se adelantaron hasta perderlos de vista, y aunque creímos divisarlos después, no los alcanzamos.

Nada he visto más tétrico y sombrío que el aspecto del pueblo del Pedregal cuando llegamos. Parecía un cementerio abandonado. En todo él no encontramos más sér viviente que el Dr. Andrés Posada Arango, médico del Batallón número 5.º, que había salido de Viborá mucho antes que nosotros, á pie y con la mayor angustia, y había llegado hasta allí por la casualidad de haber encontrado con el joven Rafael Estévez (que fue uno de los que acompañaron á Ruiz á la entrevista con Alvarino), quien le cedió su caballo porque estaba exánime y sin aliento. Refiriónos en pocas palabras que de los que habían entrado por La Manga sólo unos pocos se habían salvado y ya iban de huida para La Plata, temiendo la persecución que sin duda nos harían; y al efecto nos mostró un cuerpo como de quinientos hombres que venía por el llano de La Venta. En consecuencia seguimos nuestra marcha por el alto de Topa, sin otra novedad que el habérsenos reunido en la bajada cuatro ó seis personas más, entre las cuales recuerdo al General Prías y al Dr. Próspero Salcedo.

Al llegar al pie de Topa encontramos como cincuenta personas detenidas, porque á pocas varas de distancia había una guerrilla enemiga dispuesta á hacer fuego sobre los que

se atrevieran á presentarse. Hombres, mujeres y niños, con rostros espantados, resolvían el gran problema de pasar exponiéndose á una muerte probable, ó aguardar allí la suerte que quisieran darles los vencedores, huyendo de la cual era como habían abandonado sus hogares é intereses. Preguntóme el General:—“¿Qué te parece que hagamos?”—“Continuar, le contesté; el riesgo aquí es incierto y por la espalda inminente y seguro.”—“¡Sigamos!” dijo el General, y picó su macho; pero el Comandante Canales quiso ser el primero en salir, y se adelantó en un buen caballo que hacía caracolear á uno y otro lado para desviar la puntería de los tiradores. Salimos después uno tras otro y conservando la distancia de quince pasos, como nos ordenó el General, y así tuvimos la fortuna de llegar á las ocho de la noche á La Plata, sanos y salvos.

En el trayecto del pie de Topa á Cuevitas consiguieron los enemigos matar al Capitán J. Vicente González, al Alférez Ibarra, á unos diez soldados y no sé á cuántas mujeres y gentes pacíficas de las que por allí pasaron.

Pero estos asesinatos eran nada en comparación de los que se cometieron á nuestras espaldas. El Capitán Camacho, á quien vimos prisionero por espacio de tres horas, fue muerto después junto con su cuñado y algunos otros de su Compañía. El Capitán Quintero, que acompañaba al Mayor Dávila, recibió en cambio de su rendición las puñaladas que le ocasionaron la muerte. Los que acompañaban á Tribín que llegaron á rendirse fueron muertos en el acto, porque *no daban cuartel*; y por este motivo fue por lo que el Sargento Mariño, joven de una familia notable de Chocontá, se tiró por un cerro, bajó dando *volantines* hasta el río Ullucos, y de allí lo ayudé á salir valiéndome de los cables ó maromas del cañón de que he hecho mención. El Dr. Rufino Vega, después de pasar el río Negro por el vado, se internó en un bosque, tratando sin duda de evitar la aproximación al puente; mas como no podía continuar, retrocedió acompañado siempre de Mallarino, y ambos cayeron en poder de los que perseguían al General París y á los que con él íbamos. Uno y otro fueron condenados á morir en el acto, pero se tuvo la crueldad de hacerlos andar hasta adelante de Topa, en donde sacrificaron al Dr. Vega, quitándole á la Nación uno de sus más inteligentes y honrados miembros, y á la Provincia uno de los hijos que más la honraban (1). Mallarino se salvó por la fortuna de haber encontrado entre los victimarios á un tal Acero, conocido

(1) Véase lo que sobre estos asesinatos declararon bajo juramento el Comandante Lorenzo González, el Mayor Dávila y el Alférez Justo Vargas. (*Gaceta*).

suyo, que por una fuerte suma que le ofreció convino en dejarlo escapar por el río. Al efecto lo llevó cerca del Páez, hizo unos tiros al aire para hacer creer á sus Jefes que lo había muerto, y fingió votarlo al agua. Allí permaneció Mallarino hasta más de media noche, en que saliendo medio muerto de frío, hambre y desolación, emprendió camino de La Plata en compañía de algunos soldados nuestros que á favor de la obscuridad de la noche se retiraban. Llegó al Pital, en donde se quedó algo afectado del cerebro, según el dicho del Teniente Manuel Ospina, que habló con él y nos refirió esta historia y la del asesinato del Dr. Vega, cuando se nos reunió en el paso de Domingo Arias.

De los que entraron por Inzá sólo se salvaron el Capitán Peña, su hermano, algunos indios de allí y creo que el Capitán Manuel Paz. Los demás quedaron prisioneros ó muertos.

Los que formaban la Columna que atacó por La Manga fueron los siguientes: el General Buitrago, que con el Capitán Olaechea y los Adjuntos al Estado Mayor se quedó en nuestros campamentos hasta que se reunieron treinta ó cuarenta dispersos, con los que emprendió la retirada á La Plata, habiendo tenido la fortuna de apagar los fuegos de la celada de Patico con los de los que lo acompañaban; salió sin novedad. El Comandante Lorenzo González, que no se supo lo que hizo y cayó prisionero por no haberse atrevido á pasar por Patico, junto con el Alférez Enojado. El Sargento Mayor José de la O. Cerezo, que huyó á los primeros tiros, pasó por La Plata á las tres de la tarde y vino hasta Bogotá contando mil mentiras y esparciendo el terror por todas partes. El Sargento Mayor Matías Rubio, hombre valiente y subordinado, que entró á la cabeza de la Columna hasta el cuartel de Mosquera y fue herido en la retirada por un balazo que le entró por el medio de las caderas; vino á caballo hasta Neiva y allí murió. El Teniente Aurelio Gaitán, joven impetuoso, decidido é inteligente, que fue herido en un brazo y estuvo acostado en el catre del General Mosquera. Los Alféreces José María Jaime y José María Silvestre, que pelearon con valor y salieron sanos. El Alférez Domingo Torres, que cargó con brío, pero se aturdió en la retirada en términos de no comprender lo que le decían, y cayó en poder del enemigo con veintitrés soldados, después de haber recibido unas cuantas heridas. El Sargento Jesús Pineda, corneta, que dio varios toques muy á propósito, sin ser mandado, y contribuyendo así á que se salvaran muchos. El Sargento Matías Prieto, que fue el que trajo las cartas y papeles cogidos al General Mos-

quera, y sus anteojos ; y en fin, otros muchos que se portaron muy bien, pero cuyos nombres no recuerdo.

De los que iban con Dávila se salvaron nueve soldados y los Alféreces Juan B. Maquilón, Clodomiro Angulo y Gregorio Martínez, todos los cuales se arrojaron de lo alto del cerro y cayeron al río Páez, en donde un anciano compasivo les ayudó á salir casi ahogados.

Para no seguir cansando con detalles, diré que la derrota fue completa y de inmensas y terribles consecuencias para la República ; pero que á pesar de todo, peores habrían sido los resultados si en vez de agresores hubiéramos sido atacados, porque diseminados como estábamos, nuestra línea habría sido hecha pedazos y no se habría escapado uno solo. Si el movimiento del centro no se hubiera precipitado habríamos conseguido cuando menos reunirnos en La Manga, y emprender la retirada que el Gobierno se había servido aconsejarnos después de habernos prevenido que aguardáramos firmes en nuestros puestos el auxilio que nos enviaría. Las tropas de Mosquera eran cinco veces mayores que las nuestras, como podía comprobarse con los papeles cogidos en su cartera, que el Gobierno publicó alterándolos y truncándolos notablemente "*para no alarmar,*" como lo hizo también con el parte oficial en que el General París avisaba la derrota, el cual está en mi poder con la nota marginal del Dr. Sanclemente, Secretario de Gobierno y Guerra, para compararlo con el que se publicó en la *Gaceta* de 11 de Diciembre de 1860, número 2560.

Entre los papeles cogidos al enemigo estaba la carta en que Alvarino le da cuenta al General Mosquera de que no podía esperar nada favorable del Comandante Ruiz, por haberse mostrado éste en la entrevista que tuvieron obcecado defensor del Gobierno general. Esta carta, lo mismo que las demás, la entregué yo mismo al Sr. Mariano Ospina, Presidente de la Confederación.

En La Plata permaneció el General hasta las dos de la mañana siguiente (20 de Noviembre), hora en que continuamos nuestra marcha para Bogotá. Esta retirada es de los hechos más honrosos que pueden citarse en la vida de un General, tanto por el método y orden con que se ejecutó como por las dificultades que hubo que vencer.

Los heridos, las mujeres que habían seguido á la tropa, el armamento y municiones que nos quedaban, en una palabra, todo lo que fue posible traer lo trajimos: sólo el equipaje y correspondencia particular del General París se perdieron por un imperdonable descuido del Comandante Canales, que

se había hecho cargo de conducirlos junto con sus propios baúles. Estos llegaron sanos y salvos hasta Neiva, mientras que los del General se quedaron abandonados en el camino. Allí se perdieron mil documentos preciosos para la historia.

Los pueblos del tránsito se habían pronunciado en contra del Gobierno y nos hostilizaban, al paso que los que podían auxiliarnos se hacían los desentendidos para no comprometerse, no habiendo un copartidario nuestro que hubiera tenido la generosidad de darnos un vaso de agua. Sólo la familia Ortiz (de Villavieja) se portó con nosotros en derrota como se había portado cuando íbamos triunfantes. En su casa encontramos carne, sal, arroz, panelas, aguardiente y todo lo demás que produce esa tierra con abundancia y aun en profusión, y todo regalado y obsequiado con una generosidad y cortesanía dignas de eterno reconocimiento. Yo no tuve la fortuna de participar de este beneficio porque había tenido que adelantarme con el General al campamento de los sublevados, como después diré; pero las abundantes provisiones que cada individuo del Ejército y cada mujer llevaban, me daban á conocer que eran bien merecidas las bendiciones que todos imploraban para aquella honrada y numerosa familia. Al Sr. José María Camacho le debimos también algunos favores que nos dispensó al General y su comitiva en el Espinal.

Para mengua de nuestros copartidarios debo decir que los contrarios se portaron de muy distinta manera. El Sr. Fernando Gaitán, en el Ancón; el Sr. José María Herrera y sus hijos, en Neiva y Villavieja; los Sres. Hermógenes y Liborio Durán, en río Neiva; el Sr. Valerio Ricaurte, en el Espinal, y el Sr. José Antonio Umaña en Tocaima, obsequiaron al General París y le proporcionaron muchas cosas de que carecía. Este viejo veterano recibía de los enemigos políticos la honra y galardón que le negaban los mismos cuyas vidas y haciendas estaba defendiendo.

Algunas autoridades hicieron en su escala lo que el Gobierno general había hecho en la suya: abandonarnos á nuestra propia suerte. El General París escribió al Sr. Prefecto de Neiva participándole nuestra derrota y suplicándole nos tuviera preparadas y aseguradas las embarcaciones del paso de *Domingo Arias* y algunas arrobas de carne en los poblados para racionar la tropa. Cuando llegamos al paso referido los sublevados habían quitado las barquetas y no teníamos cómo pasar el Magdalena. Allí nos habrían cogido los que venían persiguiéndonos, á no haber sido por el arrojado de algunos jóvenes caucanos, soldados del escuadrón *Húsares* del

Guanacas, cuyos nombres siento haber olvidado, que se precipitaron al río y fueron nadando hasta el paso del Colegio, de donde trajeron dos barquetas en las cuales pasámos todos los demás. El mismo Prefecto pretendió con diversos pretextos detener la marcha de los restos de la División, y al fin consiguió que el General con su hijo y sus Ayudantes de campo nos quedáramos en Neiva, todo para salvarse él y pasar adelante de nosotros. Por último, hizo cuanto pudo porque diéramos un largo rodeo, para ver si nos alcanzaba su familia que venía atrás, según tuvo la desfachatez de confesarlo. Este hombre era el Dr. Joaquín Perdomo Cuenca, el mismo que no tuvo el valor de darnos unos pocos caballos que necesitábamos, por temor *de echarse enemigos en el pueblo*, ni la poca carne que se le había pedido. El Gobierno en todos sus ramos y en todas sus escuelas estaba desquiciado.

A la hostilidad de los pueblos y á la indiferencia de las autoridades y demás copartidarios se juntó la insolencia é insubordinación de una parte de nuestra escasa fuerza.

Como he dicho, estábamos careciendo de víveres y no se nos auxiliaba con la menor cosa, por lo cual el General se dirigió al Sr. Fernando Gaitán, dueño de la hacienda del Ancón, solicitando tres toros ó vacas para racionar la tropa. Gaitán accedió en el instante, y auxiliados de sus peones y de los hermanos del Dr. Rufino Vega, trajimos las tres reses que señaló el dueño y las fuimos entregando á los Jefes para su distribución á la tropa. Tocóle por casualidad al escuadrón de Guanacas la más flaca de las tres, lo que dio motivo á su Comandante el Dr. Losada para congregar á los suyos y dirigirles un discurso excitándolos á la sedición y ofreciéndolos conducirlos "con solo el poder de su pujante brazo" á la victoria, sin necesidad de que el Gobierno ni sus agentes tomaran ingerencia en sus asuntos. Los lanceros se mostraron dóciles esta vez, y con gritos y ademanes insolentes rompieron las armas, botaron y pisotearon los vestidos con que se les había uniformado, y comenzaron á desfilas para el lado de Occidente. Mientras tanto el Teniente Gaitán formó en batalla los soldados de su batallón, los preparó á hacer fuego sobre los sediciosos é hizo avisar al General. Este vino en el acto y amenazó al Comandante con hacerlo fusilar si no obligaba á las suyos á entrar en orden. La amenaza era tan seria que Losada tembló de espanto, y pronto estuvo todo en calma. Sin embargo á pocos días tuvo el General que separar á muchos de estos hombres de las filas que él mandaba y darles pasaporte para Ibagué, adonde querían trasladarse para libertar el Cauca. Según el informe del Capitán José María

Cancino, Comandante del destacamento de *Barragán*, cerca del Chaparral, estos *leales y honrados* soldados, en lugar de ir á libertar su tierra como lo deseaban, pasaron por el Chaparral y Ortega robando cuanto pudieron y asaltando á los transeúntes por los caminos. El Dr. Losada, á quien se preguntó sobre esto, contestó que era cierto que algunos se habían *excedido un poco*, pero que él los había castigado ya. El hecho es que en poder de un sargento aparecieron un jarro, un pocillo y algunas otras cosas de plata de la propiedad del Cura de Ortega.

Así seguimos hasta cerca de Villavieja, en donde nuestra descubierta dio parte de estar el enemigo al frente. Hicimos alto en un bonito llano circundado de bosques, y el General dispuso todo para abrirnos por la fuerza el paso que se nos quería cerrar. Poco después vinieron de parte de los enemigos dos comisionados, que fueron el Dr. Eduardo Castro, médico, y el Cura de Villavieja, cuyo nombre no recuerdo, á manifestarle al General que ellos se habían puesto "en armas tan sólo para poner otro alcalde, porque el que tenían no era de su agrado, y que así pedían que no los hostilizáramos, pues por su parte nada teníamos que temer." El General contestó que "su misión era la de cojer á Mosquera y sus cómplices y no la de quitar y poner alcaldes, á no ser que el Sr. Prefecto de Neiva, que ahí estaba presente, le pidiera el auxilio necesario para hacerse obedecer, y que si no lo pedían, nada tenían que temer de nosotros." Aunque los comisionados vieron que el Prefecto no pedía tal auxilio no se consideraron bastante seguros, por lo cual, haciendo nuevas y más eficaces promesas de no hostilizarnos, pidieron alguna garantía de que por nuestra parte nada les haríamos. El General se dio á sí mismo en garantía y dispuso que la tropa pernoctara en *El Porvenir*, aceptando el convite que le hacían los Sres. Ortiz, mientras que él y su comitiva seguíamos á Villavieja, centro de operaciones de los sublevados.

Esta determinación del General produjo muy buenos resultados, porque entre gente civilizada es muy raro que no se aprecien los rasgos de hidalguía y generosidad, y los amotinados no eran gentes comunes y despreciables.

En Villavieja encontramos al Sr. Juan N. Cubillos, joven bogotano de mucho espíritu y decisión, que iba con pliegos para el General y había sido detenido allí por los enemigos. Nuestra llegada le volvió su libertad y salvó los pliegos de la pesquisa que estaban comenzando. Por la noche llegó el correo de Bogotá con una abundante correspondencia oficial y particular, la cual también vino á nuestras manos

sin oposición ninguna. En él nos remitía el Gobierno mil pesos, pero el Prefecto de Purificación tuvo el buen tino de retenerlos en su poder, temeroso de que los enemigos se apoderaran de esa suma. A nuestro paso por Purificación los recibimos y fueron un gran consuelo para nuestros angustiados bolsillos.

Con la tropa no tuvieron los rebeldes tantas consideraciones como con el General París. La noche que durmió en *El Porvenir* fueron sorprendidos cinco de nuestros soldados por una partida de caballería enemiga, que trató de desarmarlos y cogerlos. Estos se defendieron con valor y consiguieron rechazar y poner en fuga á los contrarios, dejando á uno de éstos herido y tomándoles un caballo y algunas otras cosas de su equipo. El que más se distinguió de los nuestros fue un negro de apellido Mosquera, cuya presencia en el Ejército del Gobierno es digna de saberse, por lo cual referiré esa historia en pocas palabras.

Por allá en los últimos días de Septiembre uno de los destacamentos del Guanacas cogió á tres hombres que le parecieron sospechosos y los remitió al cuartel general. Dos de ellos eran indios de Totoró y declararon que un señor á quien no conocían les había pagado \$ 30 para que trajeran al tercero (que era negro) que venía de espía. Examinado éste, dijo que era natural del Chocó y hacía seis meses que estaba sirviendo á los revolucionarios como Escribiente de Mayoría del batallón *Cazadores*; pero que cansado de presenciar arbitrariedades y excesos cometidos por sus compañeros, había resuelto pasarse y venía á ofrecer sus servicios al Gobierno. Que entre los rebeldes era oficial, pero que serviría con gusto como soldado. Ponderó el estado de desmoralización y desaliento en que se hallaban las tropas enemigas, y el terror que habían esparcido en el Estado del Cauca por los robos, asesinatos y delitos de toda especie que cometían; y por último, dijo que en su opinión, con la gente que tenía el General París podía triunfarse de la revolución, aunque los autores de ésta estaban atrincherados en Calibío.

Preguntáronle porqué creía que nuestras fuerzas eran suficientes para esa empresa, y contestó con mucho desembarazo que porque á su paso por nuestros campamentos había calculado que en tal parte teníamos tantos hombres, en tal otra tantos más, etc., que juntos con los que podíamos tener en La Plata eran algo más de setecientos soldados.

La aproximación en sus cálculos y mil otras circunstancias daban á conocer no solamente que era un espía, sino también que era sumamente vivo, instruido y peligroso. Lo

redujeron por tanto á prisión y con un par de grillos lo tuvieron en la cárcel, no obstante la opinión de muchos de que debía fusilársele.

Cuando llegámos de Segovia derrotados, el General París mandó que se le abrieran las puertas y quedara en libertad. El negro usó de ella para ir á ver al General y le suplicó que le permitiera seguir en su compañía, pues quería demostrarle con hechos que se había pasado á las filas del Gobierno no porque hubiera creído que éstas estaban triunfantes, sino porque efectivamente no quería servir más á la revolución. Que derrotado ó triunfante deseaba ser soldado del Gobierno. El General convino en darle un fusil y permitirle enrolarse en nuestras filas, y hoy es un magnífico soldado del *Batallón 3.º de Artillería*.

En Tocaima ya casi no contábamos con Oficiales porque todos se habían adelantado para Bogotá, siguiendo el ejemplo de la camarilla, que llegó á Portillo ocho días antes que nosotros. Muchos soldados se habían desertado y otros manifestaban poca voluntad de seguir, por lo cual se les dio una nueva organización, colocándose los Oficiales presentes, y continuámos la marcha dejando á la tropa en Tocaima, por ordenarlo así el Poder Ejecutivo. En el tránsito me preguntó el General si lo acompañaría yo en la nueva campaña que tenía que abrir. Le hice protestas de no abandonarlo en ninguna circunstancia, y desde aquel momento me resigné á sufrir todo lo que nuestros amigos y enemigos quisieran mandarme.

La nueva campaña merece contarse separadamente y así voy á hacerlo.

(Se publicó en el número XIV, tomo 3.º del *Repertorio Colombiano*).

RAMÓN GUERRA AZUOLA

Bogotá, 2 de Julio de 1861.

BOCETOS BIOGRAFICOS

TANCO y BOSMENIEL FÉLIX—Publicista y poeta. Nació en Bogotá el año de 1797 y estando en la infancia se trasladó su familia á la Habana, donde siempre residió, por lo cual figura en la lista de escritores cubanos. En su juventud publicó un libro de poesías que intituló *Rimas americanas*. Liberal

de avanzadas ideas, dio á luz varios folletos sobre abolición de la esclavitud en Cuba, sobre asuntos religiosos locales y sobre la conveniencia de la autonomía de la Isla.

Fornaris y Luaces dicen apreciando las poesías de Tanco: "El carácter de las poesías de Tanco es elevado, su entonación valiente y sus aspiraciones siempre morales y austeras. La versificación es las más de las veces robusta y en algunas composiciones empapada de un misticismo que hace recordar el lenguaje bíblico. Aspero en algunos versos, combina otros con arte para la buena construcción de las estrofas, y su *Sátira contra el juego*, aunque se resiente de prosaísmo, tiene trozos que imitan la verbosidad picante de las de Jovellanos."

El distinguido literato D. José Joaquín Borda hizo merecidos elogios del Sr. Tanco en 1868, en el número 6.º de *El Hogar*. Allí dice que "su carácter fue eminentemente serio y apegado á las formas clásicas"; que fue muy apreciado en Cuba, donde le reconocieron sus méritos literarios, especialmente en la década de 1830 á 1840, en la cual brillaron ingenios esclarecidos en los mejores centros intelectuales de Cuba.

HERÁLDICA

Ningún colombiano ignora que el Rey Carlos, en Marzo de 1541, concedió á Tunja las armas de Castilla y de León: un águila con dos cabezas coronadas de oro; el águila lleva abiertas tanto las alas como las patas, y sobre el pecho el toisón de oro. En la parte inferior del escudo tunjano va una granada.

Si ponemos en relación este escudo con el que lleva grabado la silla de que trato, veremos que aquél y éste son uno mismo. Esta circunstancia y la de haber pertenecido dicha silla á la casa solariega de Gonzalo Suárez Rondón me hacen juzgar que éste fue el primitivo dueño de mi silla.

Creo de mi deber añadir que ésta se encuentra á la disposición de la honorable Academia de Historia Nacional.

Turmequé, 1907.

MARTÍN MEDINA (1)

(1) Poseo una silla antigua que tiene grabado un escudo con las armas á que se ha hecho referencia.

NOTAS OFICIALES

Bucaramanga, 8 Enero 1907

Sr. Pedro M. Ibáñez, Secretario perpetuo Academia Nacional Historia.

Recibí atenta comunicación participame nombramiento hizoseme representar, asocio Dr. Manuel Ibáñez y José Joaquín García, esa honorable Academia en fiesta patriótica celebraráse aquí veinte (20) corrientes.

Agradecido acepto honrosa designación y procuraré desempeñar cargo mejor posible.

Servidor, PEÑA SOLANO

Bucaramanga, 12 Enero 1907

Sr. Secretario de la Academia Nacional de Historia—Bogotá.

He recibido las credenciales con que me honra la Academia para que la presente en la fiesta patriótica de la erección de la estatua de García Rovira, en asocio del Dr. Alejandro Peña Solano y de D. José Joaquín García.

Acepto el cargo y por su conducto doy las gracias á esa respetable corporación.

De usted, Sr. Secretario, atento, seguro servidor,

MANUEL IBÁÑEZ

Bucaramanga, 14 Enero 1907

Señor.

Me es altamente grato acusar á usted recibo de su muy atenta nota de fecha 29 de Diciembre ultimo, número 551, por medio de la cual se sirvió participarme la designación hecha en mí por esa importante Academia, para que unido con los Dres. Alejandro Peña Solano y Manuel Ibáñez represente á la corporación en la fiesta patriótica en que se inaugurará la estatua del mártir General D. Custodio García Rovira.

Considero, Sr. Secretario, como una positiva honra para mí el nombramiento á que dejo hecha referencia, no solamente por el objeto que se persigue sino también por el respeto y simpatía que profeso á la ilustre y distinguida asociación que me lo ha discernido; y por tanto no puedo menos de aceptarlo lleno de reconocimiento.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecer mis humildes servicios á la Academia Nacional de Historia, en cuanto me considere útil, y para hacer presente á usted los sentimientos de alta estima con que me suscribo como muy atento amigo y seguro servidor de usted,

JOSÉ JOAQUÍN GARCÍA

Al honorable Sr. Dr. D. Pedro M. Ibáñez, Secretario perpetuo de la Academia Nacional de Historia—Bogotá.